

# ENTRE RECUERDOS Y ESPERANZA







# **Entre recuerdos y Esperanza**

Proyecto: Memoria y reparación



*Entre recuerdos y  
Esperanza*



## **Entre recuerdos y Esperanza**

Proyecto Memoria y Reparación

Primera edición, noviembre 2025

Investigación y elaboración, 2020-2025

### **Coordinadora general**

María Clara Leal Murillo

### **Equipo coordinador**

Yadira Tatiana Urrea Basto

Lina María López Gallego

### **Equipo psicosocial**

Bibiana María Mejía Builes

Andrea Julieth Meyer Patarroyo

Brigitte Camila Rodríguez Arias

Tania Yurley Barón Parada

Laura Alejandra Tapiero Hueso

Stephanía Peña de la Pava

### **Equipo de investigación**

Angie Vanessa Beltrán Fandiño

Jonathan Vargas Usaquén

María Clara Leal Murillo

Lina María López Gallego

### **Equipo de redacción**

Angie Michelle Bojacá Patiño

Any Luz De La Cruz Lastre

### **Edición y corrección de estilo**

Carolina Cohen Polanco

María Clara Leal Murillo

## **Diseño y diagramación**

Alejandro Perdomo Barona  
Valentina Torres Aguirre

## **Equipo de difusión y comunicaciones**

Anthony Ricardo Sabaye castro  
María José Ramírez García  
Rafael Felipe Barco López  
Sebastián Bermúdez Guevara  
Lina Alejandra Restrepo Guio  
Valentina Torres Aguirre

## **Equipo de apoyo institucional:**

Fundación Colombiana de Miembros de la Fuerza  
Pública y sus Familias Víctimas del Conflicto Armado  
en Colombia-ACOMIDES

## **Otros apoyos institucionales**

O.N.G. Fundación Territorio Cacique Hyntiba  
Corporación Rosa Blanca Colombia  
Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano  
Corporación Universitaria Iberoamericana  
Fundación Universitaria del Área Andina

Bogotá, D.C., 2025

ISBN: 978-628-02-1079-7



Licencia Pública Internacional — CC BY-NC-SA 4.0  
Creative Commons  
Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirI-  
gual 4.0

# **Nota aclaratoria**

Esta historia ha sido construida a partir de las narraciones de miembros de la familia, tomadas mediante entrevistas directas. En estas se recogen las emociones, opiniones, percepciones y recuerdos que construyen la memoria colectiva de los hechos violentos vivenciados. Los nombres de lugares, personas, hechos, fechas y otra información consignada en el texto hacen parte de los relatos recogidos de las fuentes primarias, y así mismo, toda adaptación narrativa ha sido aprobada expresamente por los involucrados.

## ***Dedicatoria:***

A todos los padres y sobre todo a las madres que han dado todo para que nuestros hijos presten el servicio militar y se conviertan en oficiales y suboficiales.

Que la sociedad los recuerde, que la sociedad no se olvide que estas personas que se pusieron un uniforme tienen una familia. Que estos padres dieron todo para poderlos guiar, sostener y entregarlos a un servicio militar para servirle a la patria, para dar la libertad. Hoy son ellos en las montañas que claman regresar a sus hogares y poder tener tranquilidad.

Este escrito es para todas las personas que estuvieron secuestradas; soldados, suboficiales y oficiales, pero también es un llamado a la sociedad para que no se olviden del dolor, del sufrimiento, de la tortura que vivieron en la selva, secuestrados por las FARC.

Estos seres que esperan que el país deje de estar en silencio, que reconozcan su trabajo y su sufrimiento. También a que ustedes señor Estado les den sus reconocimientos, les devuelvan su dignidad a todas las víctimas que necesitan ser valoradas y ser tenidas en cuenta, porque han sufrido daño en su cuerpo y alma.

Necesitamos reivindicar a estos seres, a estas personas que viven en Colombia y que en sus mentes y cuerpos vive el sufrimiento.

No los dejemos solos, ellos nos necesitan.

***Olga Esperanza Rojas Castellanos***

# **Tabla de contenido**

<b>Agradecimientos</b>	<b>13</b>
<b>Prólogo</b>	<b>19</b>
<b>I. La pregunta</b>	<b>23</b>
<b>II. En el batallón</b>	<b>47</b>
<b>III. Volviendo a casa</b>	<b>67</b>
<b>IV. La búsqueda</b>	<b>89</b>
<b>V. Resistir y continuar</b>	<b>105</b>
<b>VI. Vivir y recordar</b>	<b>133</b>
<b>Epílogo</b>	<b>145</b>
<b>Notas de apoyo</b>	<b>149</b>



# Agradecimientos

El proyecto de Memoria y Reparación agradece a los miembros de la familia de José Vicente Rojas Rincón, a su querida esposa Olga Esperanza Rojas Castellanos, a sus hijos Dina Maiden Rojas Rojas y Emerson Eduardo Rojas Rojas, así como al sargento Carlos Alberto Pedraza Pérez, quienes por más de 3 años han relatado sus historias, compartido sus reflexiones y nos han permitido sumarnos a su lucha para que sus voces no sean acalladas y su dolor no quede en el olvido de un país que no deja de padecer a causa del conflicto armado.

Así mismo, agradecemos profundamente a Yesika Manuela Páez Rojas, quien, desde su interés por visibilizar a las familias de los miembros de la fuerza pública víctimas del conflicto armado interno en Colombia, tuvo la inquietud, la sensibilidad y el interés en

## Agradecimientos

que fuera escuchada la historia de su familia y sembró la semilla para que este proyecto pudiera existir.

Gracias, familia, por la confianza, la constancia y el compromiso con el proyecto, porque si no hubiera sido así, no lo habríamos logrado. Gracias por la valentía para contar su historia, porque nunca será fácil hablar sobre lo que nos ha dañado, pero ustedes lo hicieron con la noble pretensión de que la memoria nos sirva para evitar que otros vivan la guerra.

Agradecemos al equipo que trabajó con la familia de manera voluntaria, cada uno logró comprometerse con la construcción de paz y aportar desde el amor, la constancia, el compromiso y dedicación que dieron al proyecto. En especial, agradecemos su alta sensibilidad y la capacidad para analizar y comprender los dualismos de la guerra, reconociendo que nos enfrentamos a una violencia estructural en la que la pobreza y el poder, entre otras causas, nos ha llevado a este conflicto.

Gracias al equipo de apoyo a la coordinación y al equipo psicosocial, por ser soporte constante de todo el andamiaje que ha im-

plicado este proceso. Gracias a las universidades que acompañaron a sus practicantes y a las organizaciones que apoyaron el trabajo realizado.

Agradecemos a todos quienes lo hicieron posible, porque a pesar de las tormentas no dejamos de creer en la posibilidad de construir paz a través de la escucha activa a las familias. Confiamos que podamos seguir aportando desde el más profundo amor a la construcción de paz en nuestro país.



# Prólogo

Hablar de la paz en Colombia necesariamente me lleva a una reflexión sobre la historia del conflicto que hemos vivido y, en especial, me enseña sobre las maneras cómo cada persona va encontrando razones para seguir adelante, pese al dolor, a la injusticia, a la poca equidad y, sobre todo, a esa sensación de soledad que invade.

Me ha sido muy significativo comprender que cuando se habla de perdón, se está colocando en la víctima la carga de realizar la acción de perdonar, mientras que cuando se habla de verdad, la responsabilidad de la acción recae en quien generó la situación de violencia. Algo no menor en un proyecto que trabaja con familias que se sienten víctimas del conflicto en Colombia, a pesar de no ser reconocidas de esta manera por las instituciones que las han vulnerado.

Este proyecto nace cuando Yesika Manuela Páez Rojas (quien, en ese momento, 2020, era una estudiante universitaria de

psicología) nos expresó que varias familias de miembros de la fuerza pública deseaban contar sus historias para evidenciar lo sucedido de manera escrita, como una forma de hacer visible la situación que han atravesado a lo largo de todos estos años, en los que no han encontrado respuestas a sus preguntas.

Durante este proyecto pudimos conocer 69 familias y realizar un trabajo focalizado en las 8 familias que decidieron emprender el proceso de escritura, pese a la desconfianza aprendida de experiencias pasadas y la distancia geográfica que nos ubicaba a unos y otros. Pronto, el proyecto pudo establecer principios de confianza y la virtualidad nos logró acercar. Hoy llegan a sus manos estos textos que nos permiten escuchar la voz de quienes habitualmente han sido acallados, para reflexionar sobre la verdad y promover la paz.

Las familias de la fuerza pública que participaron en este proyecto nos han enseñado que viven intensamente un debate entre sentirse parte y a la vez sentirse abandonadas por "la institución", como suelen llamarla.

Este proyecto también ha motivado reflexiones sobre quienes son o pueden llamarse víctimas y, en especial, ha logrado que ese binario de víctima/victimario se llene de matices, permitiendo ampliar ese marco de referencia muy estrecho de buenos y malos que no existe, porque en una guerra lo único que existe es el dolor.

La señora Olga Esperanza Rojas Castellanos ha llevado las banderas de la lucha por los desaparecidos de la fuerza pública, realizando un trabajo de movilización social muy fuerte, que ha permitido que hoy se hable de este hecho victimizante. Sus hijos Dina Maiden y Emerson Eduardo, así como Yesika Manuela y el sargento Carlos Alberto Pedraza Pérez, también han luchado para que estos dolorosos hechos dejen de suceder, para que pare la guerra y vivamos en paz.

La historia de José Vicente Rojas y su familia no es solo la historia de su vida, es la evidencia de unas violencias estructurales y simbólicas que se han tejido a lo largo de las vidas de todas las familias del proyecto. Historias en donde la pobreza les ha generado una condición social llena de obstáculos.

los y les ha creado la imagen de la guerra como la única o la mejor opción para tener un salario digno, un trabajo, una posibilidad de alcanzar sus sueños de construir una familia y prosperar. Algunos ingresaron en las filas de la fuerza pública cargados de ilusión, otros en contra de su voluntad y otros solo por obtener la libreta militar; pero no volvieron, y muchos de los que pudieron volver, lo hicieron incapacitados para poder seguir trabajando.

Así que la conclusión más cruel y despiadada, que se manifiesta en cada texto, es que la guerra solo deja dolor a todas las personas: no hay ganadores, no hay vencedores; todas las personas perdemos.

Y aunque puede ser demoledor saberlo, escuchándolo de quienes viven más de cerca el dolor, fundamenta a la vez la motivación para reconocer que el único camino es y será la paz, el diálogo y la reparación.

**María Clara Leal Murillo**



La pregunta

I

A las diez de la mañana del 3 de noviembre de 1992, dos integrantes del ejército llegaron a la casa preguntando por el sargento segundo. Iban vestidos con uniforme. Sus rostros no daban señas de alegría, ni tampoco demostraban esa tristeza o desolación que llega con las noticias trágicas; parecían más bien preocupados. Esperanza, su esposa, no entendía la situación. Nunca los había visto, aunque comprendió que estaban en el mismo batallón que su esposo.

El día anterior, Esperanza se había despedido de José Vicente, e hizo una llamada a la sección de comunicaciones del batallón; allí le dijeron que su esposo había llegado bien. «¿Por qué, ahora, dos hombres se presentaban en su casa para preguntarle por su marido?» Los cuestionamientos que le hacían de forma tan puntual y cortante no le permitían comprender lo sucedido. Su cabeza daba vueltas; escuchaba a sus dos niños pequeños jugando al fondo de la casa, y la pregunta de los soldados no podía menos que sacudirle la mente.

—¿Sabe dónde está el sargento segundo?, venimos para averiguar su paradero.

Esperanza, confundida y preocupada, les hizo algunas preguntas para intentar ponerse en contexto, pero no obtuvo mayor información.

—El sargento segundo está en la base militar —respondió Esperanza—, ayer regresó al lugar después de su permiso. Aquí, en casa, solo estuvo dos noches; ayer salió temprano. Llamé en la tarde y me dijeron que había llegado bien. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué vienen a buscarlo, si ustedes mismos me dijeron que su regreso había sido sin inconvenientes?

Sabía que únicamente buscaban verificar el paradero de José Vicente, que estaban siguiendo órdenes, y que no tenían más datos; lo que sí tenía claro era que la miraban con un vacío inmenso que hacía que el mundo de Esperanza se abriera bajo sus pies. Ese silencio entre líneas se tornaba aturdidor. Los soldados, al final, decidieron irse al no lograr encontrar respuestas.

Esperanza se había quedado pasmada mirando la puerta de la calle, mientras un

viento caliente, de esos típicos de la región urabeña, le golpeaba inclemente el rostro. Se dio entonces la vuelta, viendo a sus hijos que estaban cerca, Dina y Emerson, y los tomó en brazos para llevarlos de camino al batallón. Se decía a sí misma que no era posible continuar con la incertidumbre entre pecho y espalda, con esa desazón que esperaba calmar al hablar con el coronel.

\*\*\*

1992 fue un año, dentro del marco temporal de expansión territorial y militar de las guerrillas, en el que aumentó la propagación del narcotráfico y el surgimiento del paramilitarismo. Entre 1982 y 1996, dicho de forma general, el control territorial de Colombia no estuvo en manos del Estado, sino de todos aquellos grupos armados ilegales, con diversos intereses económicos y políticos<sup>1</sup>.

En los 90, la guerrilla realizaba constantes tomas<sup>2</sup> a los pueblos, dirigidas especialmente a las estaciones de policía, donde los combates duraban varios días sin que llegara apoyo del ejército, ni de ninguna fuerza pública. En medio de los combates quedaba la población

civil: la guerrilla realizaba el ataque con un gran número de efectivos, y finalmente secuestraban a quienes quedaban como sobrevivientes. Distintos grupos sociales se veían afectados, entre ellos, el campesinado, y las comunidades indígenas y afro; esto lleva a considerarlos como ataques indiscriminados a la sociedad civil<sup>3</sup>.

La población colombiana se sentía aterrorizada, vulnerada y desamparada. La violencia directa complejizaba aún más la realidad social, política y económica. Colombia, como hasta nuestros días, sufría una constante violencia, estructural y simbólica, manifestada en desigualdad y pobreza a varios niveles.

En la zona del Urabá Antioqueño, en abril de 1991, se produjo un hecho histórico: la firma de un pacto social, una especie de acuerdo de paz y desarrollo, a través del cual, el grupo guerrillero EPL<sup>4</sup>, fuerte en esa región, formalizó su intención de dejar las armas<sup>5</sup>. Sin embargo, la paz no fue posible, y en 1992, se activó un nuevo ciclo de violencia en la región que, en solo un año, dejó 21 masacres<sup>6</sup>. Todo aquello sucedió a razón de que el V Frente de las FARC-EP<sup>7</sup> quiso

aprovechar la salida del EPL para tomar el territorio; sin embargo, tenía que enfrentarse a sus disidencias, que seguían en armas y bajo la influencia ideológica de las ACCU<sup>8</sup>; estos últimos, además, querían vengarse de quienes se habían entregado al proceso de paz<sup>9</sup>.

El 16 de julio de 1991, un grupo de desmovilizados del EPL se tomó la alcaldía de Turbo. Buscaban llamar la atención del gobierno nacional sobre los ataques que venían padeciendo por parte de las FARC, que, para esa fecha, habían cobrado la vida de 16 reinsertados. En marzo de 1992, se desencadenó una ola de violencia y terror en esa misma región.

En 1992, a un año de la propuesta de paz del gobierno de César Gaviria Trujillo, de las 667 personas que dejaron la guerrilla del EPL, 23 fueron asesinadas, 3 secuestradas, y 250 contaban con algún programa de apoyo por parte del gobierno; ninguno tenía proyectos agrícolas en marcha. El 24 de diciembre de ese mismo año, las autoridades tuvieron que sacar a 80 personas de la zona, y en 1993, con la llegada a la región de alias

'Iván Márquez' de las FARC-EP, el proceso de paz se dio por perdido<sup>10</sup>.

\*\*\*

Esperanza emprendió camino por la misma carretera que su esposo había recorrido el día anterior. Aquel 2 de noviembre, José Vicente había salido de casa tras levantarse muy temprano, con el fin de cumplir con su hora de ingreso a la base militar Mutatá. Era bien sabido que era estricto con llegar siempre a tiempo y mostrar obediencia a las órdenes que le daban. Se habían terminado sus días de permiso. Fueron dos días maravillosos. El 31 de octubre lo pasaron juntos, en familia. José Vicente había logrado un tiempo corto para visitarlos, ya que recientemente se había trasladado a Carepa. Llevaban poco más de 2 meses en la nueva vivienda.

José Vicente los sorprendió a todos durante la celebración del Día del Niño<sup>11</sup>. Sus hijos, Dina y Emerson, se encontraban en el casino<sup>12</sup> disfrazados y disfrutando con los otros niños de las casas fiscales<sup>13</sup>. Desde que llegó fue el alma de la fiesta, tal como solía serlo

en cualquier espacio de reunión. Era quien más se reía; hacía chistes, bailaba, proponía actividades, e integraba a todas las personas reunidas. Esa tarde, la del 31 de octubre, la pasó entre juegos, risas y confetis; estuvo recochando<sup>14</sup> con los asistentes, que eran algunos familiares de sus colegas.

Tomó asimismo algunas fotos que de inmediato decidió mandar a revelar<sup>15</sup>, quería ver impresas cuanto antes las imágenes que había logrado retratar. Se apresuró, entonces, a pedirle dinero a Esperanza, quien era la que le administraba su salario, dado que él, dentro de la base, no le daba mucho uso. Por tanto, era ella quien se hacía cargo del manejo económico del hogar.

El 31 de octubre de 1992, trajo consigo una jornada larga. Sus vecinos los invitaron a parrandear<sup>16</sup>, así que la pareja disfrutó de la noche bailando, en un plan que no solían tener con frecuencia. Las bromas no faltaron. Un coronel, muy cercano a José Vicente, le dijo a Esperanza, en frente a todo el grupo, que la invitaba a “La Casa del Tío”; y todos rieron a carcajadas. Ella, que no conocía muchos lugares más allá del centro y de las

casas fiscales, no logró comprender en un primer momento el contexto de la supuesta invitación. Realmente estaba hablando del prostíbulo de la ciudad, que se llamaba de esa forma, *“La Casa del Tío”*. Cuando se lo explicaron, no paró de reír como todos los demás. Para Esperanza, no era más que una situación graciosa que fortalecía los vínculos de amistad entre las diferentes familias.

Así pasaron aquel día, compartiendo como pareja, como familia, entre amigos.

Ahora estaba ahí, el 3 de noviembre, viajando al batallón con una presión en el pecho que no le permitía respirar bien y una incertidumbre que le envolvía su cabeza en millones de preguntas que no sabía quién podría responderle.

\*\*\*

Durante el viaje al Batallón en busca de José Vicente, el corazón de Esperanza latía muy fuerte, y no dejaban de llegarle ideas y recuerdos con los que buscaba explicar un poco mejor la situación que la atormentaba. Poco sabía de los riesgos del oficio de

su esposo, porque él prefería llegar con una sonrisa a casa, y evitar así hablar con su familia sobre todas las situaciones difíciles que enfrentaba como militar.

En realidad, ella no conocía la cotidianidad de su marido dentro del batallón. Recuerda que le decían que lo preparaban para situaciones complejas, como una toma guerrillera, y que era una posibilidad cada vez más cercana en la agudización que se estaba viviendo del conflicto. José Vicente estuvo en casi todo el país, desde el norte hasta el sureste, en lugares donde la guerrilla tenía un fuerte control. Ahora vivían en uno de los sitios más peligrosos del momento: el Urabá Antioqueño.

En 10 años de servicio, había experimentado muchos, y frecuentes eventos tristes y violentos, como lo fueron las muertes de varios de sus compañeros. A la complejidad de su misma actividad, se sumaban también las dificultades en el trato y en la relación con sus superiores. A Esperanza, poco a poco, le había quedado claro que a muchos coroneles e integrantes del batallón les faltaba mucha humanidad; José Vicente, tuvo un mayor

que se había “enamorado” de él, como se decía entre compañeros; lo presionaba frecuentemente para realizar diversos tipos de actividades, le demandaba mayor esfuerzo físico en ciertas tareas, y lo obligaba a “doblar turno”<sup>17</sup> cuando ponía de manifiesto que algo no le agradaba. La vida militar era muy compleja por la gran carga que implicaba en todo sentido.

Eran pocos los momentos que podían compartir en familia. Algunas veces no le otorgaban permisos, y por tanto, era poco frecuente verse; y cuando le daban autorización, era por un tiempo reducido. Así pasaban su vida, entre escasos días juntos y largas esperas. Los unía la ilusión de un encuentro, y la promesa de alcanzar una posición económica que les permitiera vivir mejor.



\*\*\*

El 1 de noviembre, después de la fiesta, José Vicente fue a recoger las fotos que había mandado a revelar. Estaba feliz de tenerlas en sus manos, y de poder recuperar en imágenes los momentos de ese 31 de octubre, con los niños disfrazados y disfrutando de un nuevo espacio de vida. Se le veía tal sonrisa, de aquellas que no solo están en los labios, sino también en la mirada.

Ese día terminó en una larga conversación con su esposa. Ella pudo comprender mejor sus preocupaciones. Le confesó que la situación era difícil, que cada vez la guerrilla se acrecentaba más, que veía más bajas en su grupo, y que sentía que su vida estaba en riesgo.

— Mi amor, si me llego a morir, me busca los huesos, que no quiero morir en Urabá — le dijo.

Esperanza se levantó para prepararle el desayuno; como siempre, se dispuso a hacerle la arepa y los huevos que tanto le gustaban, acompañados por un café tradicional de colador. Poco después, tras comer, y satisfacer su apetito y su corazón, terminó de alistarse y se dispuso a salir. Dina, la hija

mayor, ya estaba correteando por toda la casa, llenando el espacio de la alegría de sus casi 5 años, ya que en poco tiempo sería su cumpleaños. José Vicente logró alcanzarla para abrazarla y decirle al oído:

— Cuídeme mucho a la mamá y al hermanito.

Su esposa lo acompañó a la puerta y, al despedirlo, vio algunos carros y camiones de particulares, parqueados cerca de casa, y pintados con grafitis en los que se leía: “Queremos al coronel Álvaro Plata Pinilla”, quien era el comandante del batallón Voltigeros. Dichos mensajes eran, entre otras, evidencias de los enfrentamientos constantes del ejército con la guerrilla, en Urabá. La fuerza pública, en ese momento, estaba logrando mitigar el gran control de los grupos armados sobre el territorio, y en cabeza del coronel habían atacado muy fuerte a la guerrilla y en contraparte, la guerrilla manifestaba como respuesta una serie de amenazas contra la vida de este alto cargo militar.

En ese momento no cupo en su cabeza la posibilidad de un secuestro, o alguna otra

tragedia en la que pudiera llegar a estar involucrado José Vicente. De algún modo, ella sentía que la guerra era un tema aún lejano a ella y a sus seres queridos, pese a la peligrosidad del lugar en el que se encontraban y la profesión de su marido.

Esa tarde del 2 de noviembre, Esperanza llamó a la línea de comunicaciones de la base de Mutatá para saber sobre la llegada de José Vicente; allí le informaron que había arribado y que se encontraba bien. En ningún momento puso en duda la información. Confiaba en la institución. Terminó su día dando de comer a sus hijos y acostándolos a dormir.

Por eso no entendía la razón de que al día siguiente, dos hombres del ejército tocaran a la puerta de su casa buscando a su esposo. No era para menos que su corazón estuviera a mil, que su cabeza fuera un mar de preguntas, que sus brazos tan solo buscaran abrazar a sus dos pequeños, y sus piernas, inquietas, intentaran a toda costa hacer que el bus que los llevaba al batallón avanzara más rápidamente. Su alma pendía de un hilo.

\*\*\*

El viaje desde las casas fiscales al batallón le permitió recordar el momento en que se conocieron. Todo comenzó en Boyacá, a principios del año 1987, cuando Esperanza acompañó al batallón a su hermana, Rita Helena, y a su mamá, Bertha, para visitar a su primo Fernando, que estaba prestando servicio militar.

José Vicente se acercó a la familia con una actitud efusiva, cautivadora y carismática, tan propia de él. Al llamarle la atención Rita, se había acercado a la madre con la firme intención de establecer, y posteriormente mantener el contacto con ella. Fue tan especial ese primer encuentro, que Bertha le dio el teléfono y la dirección de la casa sin miramientos. De igual manera, en un permiso que tuvo Fernando, Bertha le envió una cajetilla de cigarrillos a aquel militar que tanto le había simpatizado, a pesar de no saber que no fumaba. Finalmente, aunque lo hizo sentir un poco extraño, José Vicente tuvo que venderlos a sus colegas, y con ello obtuvo un pequeño ingreso extra. Aprovechó entonces el detalle para tener una excusa, y visitar así

a la familia en su siguiente salida; de esta forma continuó forjando con ellas una gran amistad, principalmente, con Bertha y Rita.

Esperanza, en realidad, no solía verlo mucho, ya que habitualmente se encontraba realizando acciones benéficas con La Legión de María, una asociación internacional adjunta a la Iglesia católica, con la que, sin ánimo de lucro, ofrecían acompañamiento y apoyo a las personas en condición de vulnerabilidad. Como parte de un gran grupo de voluntarios, ella, como todos los demás, acompañaban a adultos mayores que residían en ancianatos, y también a personas de bajos recursos que vivían en los barrios más pobres de Chiquinquirá. Su objetivo era brindar soporte en labores cotidianas de la comunidad y en tareas del hogar, y a su vez hablar sobre la religión católica y la importancia de creer, obrar y agradecer.

Dada su labor, tuvo oportunidad de conocer a jóvenes con los que formó una gran amistad a partir de las actividades sociales y religiosas. Este era el motivo por el cual no podía compartir con su hermana y con su madre los espacios de visita al batallón, ni

mucho menos encontrarse en casa cuando pasaba aquel nuevo amigo de la familia a saludar.

Unos meses después, en época de Semana Santa, José Vicente decidió ir de visita, y, al ver a Esperanza, se quedó realmente sorprendido, quien por casualidad estaba en casa en esa ocasión. Bertha se la presentó, y le explicó que era su otra hija, aunque a él le costó creerlo en un primer momento por las evidentes diferencias físicas que encontraba entre ella, su hermana y su madre: Rita y Bertha tenían la piel morena y el pelo negro, mientras que Esperanza lo llevaba rubio y lucía la tez blanca.

Desde ese entonces, empezó a interesarse por Esperanza. Progresivamente, iba conociendo mucho más de su trabajo con la Iglesia, y por lo mismo, se vio motivado a asistir a misa. La rutina diaria de ella consistía en madrugar a las cuatro de la mañana, y salir rápidamente hacia la capilla para integrarse al grupo de coro. Allí, en medio de los asistentes, iba notando cada vez más la presencia de José Vicente. Su alta estatura lo hacía destacar entre las demás personas.

Fue así, en este entorno, cómo las miradas continuas llevaron a que se incrementaran las visitas a casa de la familia de Bertha.

El 11 de agosto de ese mismo año, Jose tuvo la suerte de ganarse un dinero a través del sorteo de un chance<sup>18</sup>, y decidió, como consecuencia, compartir el premio con la familia que hasta el momento llevaba frecuentando. Así que planeó un viaje a la finca familiar, donde se dio a la oportunidad de compartir aún más tiempo con Esperanza. Él, sin duda, era un hombre carismático y divertido; y en dicho encuentro, no se le pudo ocurrir mejor manera de entretenerse y pasarla bien con las dos hermanas que jugar a atarse mutuamente los cordones, y corretear por aquellos pastizales.

Al finalizar ese día, José Vicente le preguntó a Esperanza si quería ser algo más que su amiga. Entre la alegría y las risas ella se sintió algo confundida, y para asegurarse de si estaba entendiendo bien la propuesta de aquel muchacho, le preguntó a su hermana Rita sobre lo que le había querido decir:

— Pues... él le está proponiendo que sean novios —le explica con claridad.

— ¿Y qué le respondo? —le pregunta, con confusión y nerviosismo notorios.

— ¡Dígale que sí! —termina por aconsejarle Rita, muy convencida.

Esperanza no quería ser tan directa y los nervios se apoderaron de ella. Entonces, tomó un cuaderno y un lapicero, y optó por dejar su respuesta escrita en una hoja de papel. Él revisó lo que le había dejado sobre la mesa, y de ahí regresó al batallón. No se volvieron a encontrar sino tres meses después, porque lo trasladaron al municipio de Muzo, en el mismo departamento de Boyacá.

En el subsiguiente encuentro, decidió que pediría primero permiso a Bertha y a su esposo para dar inicio a su noviazgo. Se mostraron preocupados por la posibilidad de que en algún momento pudiera abandonar su propósito profesional por el amor a Esperanza y su familia, teniendo en cuenta la labor y objetivos que hasta el momento había venido cultivando. Sin embargo, él les recalcó que eso no iba a pasar, porque su proyecto era el de ascender en su carrera militar y llevar a cabo su sueño de llegar a ser sargento mayor o alcalde de Buenavista, el municipio

donde vivió en su infancia. Lo que buscaba, en definitiva, era lograr una posición más estable y segura, para él y los suyos.

Entre ella y José Vicente había cinco años de diferencia. Esperanza contaba con 14 años y no había terminado sus estudios, encontrándose para esa fecha en quinto de primaria. Por ese motivo, sus padres les permitieron la relación pero con ciertas restricciones y cuidados. Tenían permiso de algunas salidas, como ir al cine, aunque no dejaban en ningún instante de preocuparse y estar atentos.

La relación siguió y quisieron dar un paso adelante, decidieron casarse por lo católico. Aquel amor, que cada día iba creciendo más, se fue haciendo tan fuerte que no se debilitó a pesar del poco apoyo recibido por parte de algunos de los sacerdotes del batallón, quienes parecían no apoyar la relación. Sin embargo, su matrimonio finalmente tuvo lugar el 18 de julio de 1987, en compañía de algunos colegas y familiares, siendo formalizado por un sacerdote afín, de la misma institución. Después de la ceremonia, la unión fue celebrada con un gran festín. La madre de José Vicente preparó su gran especialidad: sopa con longaniza.



Esperanza se adaptó a vivir con un esposo que veía poco, pero aun así, consiguió disfrutar de los espacios que compartían juntos. En medio de la distancia y el poco tiempo en pareja, desarrollaron confianza mutua, y una

gran seguridad el uno en el otro; esto los llevó a ser pacientes, y a mantener vivo el amor que tanto los habría motivado a construir una vida juntos. La relación fue muy clara en cuestiones de fidelidad, y su esposa le repetía siempre que el cuidado de ambos dependía mayoritariamente del que cada uno tuviera a nivel personal.

Olga no dejaba de recordar esa época, de cuando se conocieron, mientras viajaba camino al batallón. Su corazón no dejaba de batirse, acelerado, y sus dos niños continuaban aferrados a su cálida mano. Seguía rezando, como lo hacía en esos años en que vivía enfocada en la religión católica, poniendo toda su fuerza en que esto fuera solo un mal entendido, y que José Vicente estuviera sano y salvo.



En el  
batallón

II

Llegando al batallón, Esperanza se encontró al coronel en compañía de su esposa. Lo interrumpió en su charla, y él de inmediato le confirmó que el sargento segundo José Vicente Rojas se encontraba perdido, que no había llegado como se había pensado inicialmente.

— No tenemos reporte de su paradero. Fuimos a su casa porque pensamos que estaba con la familia, y que no se había presentado a la base, incumpliendo el ingreso acordado en su permiso.

Sintió que la vida se le detuvo en ese instante. No sentía el cuerpo, ni el viento, ni el calor. Tenía la impresión de haber dejado, de pronto, de respirar. Su mente se encontraba sumergida como en un túnel.

El coronel le explicó que contaban con información sobre un retén ilegal de la guerrilla<sup>19</sup>, ubicado en la vía que comunica las casas fiscales y el batallón. Le hizo saber, también, que podría ser posible que su espo-

so se hubiera dado cuenta a tiempo, y decidió bajarse antes del bus para huir en busca de protección en las montañas. Aquel hecho probable le otorgó la ilusión y la esperanza de que pronto regresaría.

El coronel, para darle ánimo y en cierta forma apoyarla, le prometió que, en cuanto regresara, les iban a financiar a todos un tour, con el fin de que tuvieran unas merecidas vacaciones.

— Ya aparecerá. Y cuando vuelva, yo mismo les pagaré unas vacaciones en el mar, para que viajen con todo incluido, y se distraigan.

Frente a la propuesta, Esperanza sonrió sin muchas ganas. Por una parte, añoraba las vacaciones en familia que no habían podido permitirse antes, pero en ese momento solo quería saber que su esposo estaba bien y a salvo, y con ello sentirse segura.

No había más información. En el batallón, nada se detuvo; todos continuaban sin más en sus actividades cotidianas. No se veía tampoco mayor afán o prisa por realizar una búsqueda inmediata.

— Le pido un permiso, señora. Tenemos muchos temas que atender en este momento —y así, se retiró con su esposa.

En ese momento, entendió que todo quedaba en manos del batallón, el interés por su búsqueda y por dar con su paradero.

Decidió entregarse a la oración al darse cuenta que era lo único que podía hacer. Se decía a sí misma que, con toda la fe puesta en el santo rosario, pronto vería a su marido, y que olvidaría estos malos momentos con las merecidas vacaciones en familia que le había prometido financiar el coronel. Encontraba una calma momentánea mientras repetía las oraciones, porque de ese modo se sentía conectada a él; creía firmemente que era la única forma que tenía para ayudarlo.

\*\*\*

Rodeada a diario de tantos militares, que iban constantemente de un lugar a otro mientras ella intentaba olvidar sus penas, recordó que, con 17 años, José Vicente ingresó a la fuerza pública; ocurrió cuando tuvo que prestar servicio obligatorio en la base militar de Sucre, en Chiquinquirá: «Amo al ejército

porque es una institución para la protección de la patria, de los ciudadanos y del territorio», se decía.



De igual forma pensó, que a los seis meses de su ingreso, dadas sus cualidades como buen líder, colaborador y gran amigo, sumado a su gran compromiso y esfuerzo, fue ascendido a dragoneante, con lo cual logró acompañar a futuros soldados regulares en su formación. Una vez terminó el periodo obligatorio, su hermano Silvio lo persuadió para continuar en el mundo militar, como una de las mejores opciones para salir adelante. Esto era lo que solían hacer muchos jóvenes, que crecían en contextos sin oportunidades, para estudiar y elegir en qué se querían desarrollar profesionalmente.

Fue así como decidió llegar a ser suboficial<sup>20</sup> de las fuerzas armadas. La familia debía pagar el 50%, y el otro 50% la institución. En ese momento, la carrera militar no era gratuita, ni para los militares, ni para los oficiales o suboficiales de la fuerza pública. Su familia hizo un gran esfuerzo para pagar las mensualidades, y comprar los implementos necesarios para la ejecución del curso, incluido el uniforme y otros elementos de primera necesidad. Confiaron en que dicha formación mejoraría su calidad de vida, la de él y la de su familia.

Para el curso de suboficial, fue trasladado a la base militar de Tolimaida, ubicada en el departamento del Tolima. En aquel entonces, dicha preparación tenía una duración de tres años, en los que se cursaban módulos teóricos y prácticos en derechos humanos; reacción ante situaciones de combate; principios, misión y objetivos del cargo, entre otros.

A su regreso a Boyacá, salió a combatir en Mutatá en el mismo departamento. Al principio, avivó un fuerte orgullo y gusto por pertenecer a las fuerzas militares, pero a medida que fueron pasando los años, llegaron los cuestionamientos por los riesgos que traía su oficio consigo. No solo era la guerra, que cada vez tenía mayores combates directos, sino también las enfermedades de las zonas tropicales, selváticas y montañosas en las que debía trabajar: el paludismo o la meningitis; las explosiones o los disparos. Cada día que pasaba aumentaba la probabilidad de que le encontrara la muerte.

«¿Qué me salgo a hacer?» era la pregunta que en ocasiones le angustiaba.

La sensación de no tener conocimientos o competencias en otras áreas se unía al cariño que había ido desarrollando con el tiempo por la institución. José Vicente había hecho al ejército parte importante de su vida.

En 1986, en el batallón Sucre de Chiquinquirá, conoció a Carlos Pedraza, hoy en día sargento retirado. Habían coincidido en el proceso de formación y servicio, ya que compartían la misma línea de infantería y armas de apoyo logístico. Contaba con frecuencia:

— Nos acompañamos en la intención de sacar adelante a nuestras familias, y de hacer algo bueno con nuestras vidas. Hemos sido siempre echados pa' lante<sup>21</sup>, buscando la forma de mejorar los ingresos económicos y ahorrar mientras estemos vinculados al ejército.

Carlos soñaba con poder construir y sostener una familia estable, y José, quiso siempre que a sus parientes no les faltara nunca nada. Deseos que los dos amigos compartían.

El 18 de julio de 1987, Carlos, aprovechando que había sido invitado a la celebración del matrimonio de José Vicente y Esperanza, pudo conocer finalmente su núcleo familiar, fortaleciendo con ello mucho más su amistad. Meses después los dos fueron trasladados. Carlos pasó al Batallón de Contraguerrillas 6 Pijaos, en Ibagué, y José Vicente al Batallón Vélez, en Villavicencio. Tras esa época, Esperanza la escuchaba decir:

— Ser militar te convierte en nómada: debes trasladarte de un lugar a otro con el fin de cumplir órdenes. Las amistades y la familia se convierten en relaciones a distancia.

En esos años, no era fácil que dos personas se comunicaran mientras vivieran en lugares apartados. Pese a todo, Carlos y José Vicente seguían sintiéndose amigos porque tenían cosas en común, como lo era, por ejemplo, el encontrarse en zonas peligrosas sabiendo el riesgo que corrían. En medio del caos, el riesgo y la guerra, ambos mantenían la fe y la esperanza de regresar a sus hogares con esos seres queridos que con esmero esperaban su retorno.

Cuando José Vicente fue trasladado al oriente del país, en Villavicencio, estuvo en los alrededores del departamento del Meta, y acudía frecuentemente a San José del Guaviare. Estas zonas eran consideradas de alta peligrosidad y de conflicto directo.

En la región de los llanos orientales de Colombia, en la que se enmarcan los departamentos de Meta y Guaviare, en 1985 se creó y floreció la Unión Patriótica, un partido político nacido del proceso de paz que tuvo cabida en el gobierno de Belisario Betancur. Esta agrupación quiso reunir el pensamiento de la izquierda, incluyendo a algunas personas que habían dejado las armas. Su intención fue la de ser un espacio amplio de participación, en el que se diera voz a todos los sectores de la sociedad, como una salida política al conflicto.

Sin embargo, desde el momento de la fundación, sus integrantes fueron progresivamente asesinados. Estos eventos propiciaron que la Unión Patriótica tomara distancia de quienes habían dejado las armas y que

estaban en ese momento dentro del partido. Las consecuencias fueron que, dicho brazo del partido se rearmara, se recuperara el movimiento guerrillero FARC-EP, se rompieran los acuerdos de paz, y se recrudeciera la guerra en el país<sup>22</sup>.

Para mayo de 1988, ya habían tenido lugar más de 100 asesinatos de integrantes del partido político, en diferentes partes del país. En Villavicencio, el 27 de mayo, asesinaron al presidente de la asamblea del Meta, Carlos Kovacs Batiste, quien había sido elegido democráticamente por votación y ejercía como coordinador de la Unión Patriótica. El 3 de julio de 1988, ocurrió la primera masacre en el Meta, en la que asesinaron a 17 personas. La aparición de los paramilitares en la zona agudizó mucho más la guerra<sup>23</sup>.

El escenario de conflicto inminente, con enfrentamientos y rearme de las FARC-EP, hacía que las condiciones en el Meta y el Guaviare fueran muy peligrosas para la población civil, en general, y para los militares, en particular.

A los seis meses de que su esposo hubiera sido trasladado a esta zona de los llanos orientales, Esperanza decidió buscar una habitación para vivir en la ciudad de Villavicencio con su primera hija, Dina, con el fin de tener a José Vicente más cerca y aprovechar los beneficios de vivir en una zona urbana. Ella sabía que su trabajo le exigía estar en el batallón, listo para una nueva misión; pero si estaba en la base, sí que le gustaba y disfrutaba llevarle el almuerzo. Siempre estuvo dispuesta a acompañarlo en cada traslado, adaptándose al clima y al territorio, y dispuesta a comenzar de cero en cada lugar, todo por estar con el hombre al que amaba.

Durante la campaña presidencial de 1990, se determinó que varios militares tendrían que quedarse en la ciudad de Villavicencio, entre ellos, José Vicente. Pudo, así, quedarse en un solo lugar durante los tres años de servicio, lo cual le procuró asimismo estabilidad a su familia, y le permitió solicitar su primera casa fiscal. Era una casa enorme y de antaño, rodeada de árboles frutales, y una cómoda zona verde. El pertenecer a la fuerza pública le dio la oportunidad de brindar comodidades a su familia, y compartir con ellos

los frutos de su esfuerzo, aunque Esperanza siguió estando muy sola y muy poco tiempo podían compartir juntos.

Para la celebración de la ceremonia de sargento segundo, en Villavicencio, lo acompañó Esperanza y algunos de los compañeros con los que había compartido hasta el momento. Con este ascenso llegó igualmente el traslado al Urabá Antioqueño, una de las zonas más complejas en temas de seguridad, y donde la guerrilla tenía amplio control sobre el territorio. En una de sus conversaciones, Esperanza recordaba que le decía:

— Ascender te lleva a tomar más responsabilidades y compromisos con la institución, y con la comunidad en general. En la época en la que la violencia en Colombia se acrecenta cada vez más, quienes tomamos el curso especial de militares profesionales debemos trasladarnos a las zonas de enfrentamiento.

A pesar de los grandes riesgos y de la batalla por la paz en el país, el conflicto colombiano se seguía agudizando. En vez de cesar la guerra, con el tiempo se fue acrecentan-

do. Sin embargo, la resiliencia de José Vicente no tenía fin, y continuó esforzándose, aprendiendo y luchando por su sueño.



En diciembre de 1991, fue trasladado al Batallón Voltigeros, sede Carepa. Para el cambio de región, debieron viajar a Bogotá para hacer entrega de la casa fiscal que les otorgaron en Villavicencio, y asimismo solicitar una en Urabá. En ese momento, la familia esperaba a su segundo hijo, Emerson, de modo que, para organizar el traslado, tomando en consideración el embarazo de Esperanza, decidieron que él viajaría primero, solo, y que una vez cuando estuviera asignada la casa fiscal, el resto de la familia se trasladaría.

En este tiempo pasaron muchas cosas. Una de ellas, fue en Bogotá, cuando José Vicente fue víctima de un robo con uso de una sustancia alucinógena llamada escopolamina; en otras palabras, como se dice, lo "emburundangaron"<sup>24</sup>. Esto le produjo una pérdida de la memoria temporal, por la que tuvo que ser internado durante ocho días en el Hospital Militar; tan sólo recordaba que tenía una hija.

Este acontecimiento hizo que decidiera ubicar a su familia en Chiquinquirá (Boyacá), y no dejarla propiamente en Bogotá. De esa manera, su esposa podría recibir ayuda

de sus padres en los cuidados prenatales de Emerson, y en la crianza de Dina. Su máximo deseo era quedarse un poco más para recuperarse y pasar más tiempo en familia, pero debió regresar al batallón a continuar con su labor, porque esa era la orden recibida del que era su mayor en ese momento.

La obediencia a las normas de la fuerza pública estuvieron siempre primero, por encima, incluso, del bienestar suyo y del de su propia familia. Sabía que sus seres queridos tenían también que respetarlas, así lo consideraran inconveniente, en este caso, por su estado de salud, o porque prefiriesen que se quedara a la espera del próximo nacimiento de su segundo hijo.

Dos meses más tarde nació Emerson, su anhelado hijo menor. Lo pudo conocer veinte días después, por no poder obtener un permiso antes, y cuando se lo otorgaron, la autorización fue de tan solo un par de días.

Se sintió indispuerto en medio de su corta visita, y a pesar de verse aparentemente sano, al llevarlo al hospital, le diagnosticaron paludismo cerebral. Solo pudo tomarse una pequeña parte de su incapacidad en Bogotá,

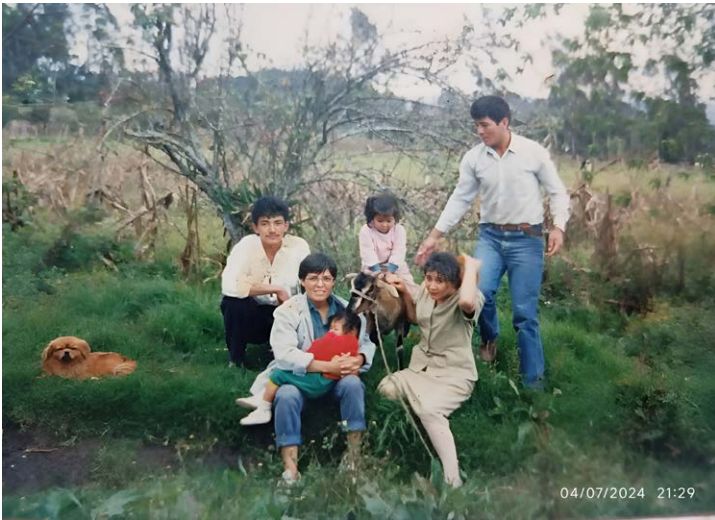
porque tampoco logró un permiso por parte del ejército para su recuperación completa. Tuvo que regresar a la base de Voltigeros, dejando de lado sus cuidados de salud, y a su bebé de menos de un mes.

Su familia llegó a Carepa el 12 de junio. Inmediatamente después, de forma repentina, un sargento le informó que sería trasladado a Mutatá. La intempestiva noticia únicamente le dio tiempo de mostrar la nueva vivienda a su familia, y de presentarles a la vecina, quien sería de gran apoyo en su proceso de adaptación. La señora Claudina, una mujer muy amable, quien rápidamente se convirtió en gran amiga de Esperanza. La acompañaba y orientaba para ir a la plaza a mercar, y era con quien salía al patio a las cuatro de la tarde, a tomar un tinto y a comadrear un rato.

La compleja seguridad de la zona y las peligrosas misiones en las que estaba involucrado José Vicente generaron en la familia un vínculo mucho más fuerte. Sentían que debían aprovechar cada momento, y que sus encuentros eran una recarga de energía importante para fortalecerse.

Después de dos meses, pudo regresar a casa y tener vacaciones con sus seres queridos. Ese mes de agosto fue inolvidable, porque después de mucho tiempo y trabajo exigente, compartió lo que en mucho tiempo no había podido.

Salieron de Carepa con destino a Chiquinquirá, que fue el lugar donde se conocieron y compartieron sus años de noviazgo; allí aprovecharon para bautizar a su hijo Emerson y visitar a sus familiares. En esa oportunidad pudo pasear con sus hijos por la Plaza Central, tan característica por su colorido ambiente. Dina tenía 4 años y Emerson 8 meses. Todos decidieron vestirse de azul y tomarse una foto, justo enfrente de la Iglesia de tan querido municipio. Quiso aprovechar la compañía de aquellas mujeres de su vida y de su hijo pequeño, para disfrutar cada atracción y para captar cada momento en diversas fotografías. Sin saber que sería la última visita a sus padres, inmortalizó en la memoria de todos la imagen de su hija saludando a sus abuelos desde el lomo recio de una cabra.



Viajaron luego a Bogotá a visitar a la hermana de José Vicente, y faltando pocos días para su retorno a Mutatá, la familia se vio impulsada a vivir algo diferente, como lo fue conocer el “Mar Amarillo”. Fue la primera vez que estuvieron en la playa, disfrutando del agua y la brisa; Emerson fue quien más se divirtió jugando con la arena. Al retornar a la casa fiscal, pasaron los últimos días descansando y parrandeando.

El 25 de agosto regresó al batallón nuevamente, volviendo a tener permiso de salida el 31 de octubre de 1992.

Esperanza volvía a estar en las instalaciones del batallón preguntando por su esposo, sin que le dieran respuesta. No entendía bien qué debía hacer. Era 3 de noviembre. Sus dos hijos miraban impactados a su alrededor, sintiendo la desesperación de su madre.

No dejaba de tener claro que a su marido le motivaba la idea de defender al país, al territorio y la comunidad, y que lo mantenía el hecho de la estabilidad económica que creía que podría llegar a alcanzar. La vida se veía como una montaña rusa: disfrutaba de la diversión, de la recocha y del amor, pero también experimentaba momentos de tristeza, dolor y agotamiento.

Volviendo a  
casa

III

El regreso a casa, de Esperanza y sus hijos, no dejó de ser agobiante y plagado de muchas emociones. En el camino, sus ojos se perdieron mirando la tupida vegetación, mientras su mente divagaba en la expectativa de ver a José Vicente en algún lugar de la vía. No encontró militares durante el trayecto custodiando el paso, ni tampoco vio ningún retén de la guerrilla; tan solo el camino, la selva, y el ruido monótono de los motores metiéndose en sus oídos. Ella se alentaba mirando a Dina y a Emerson, que le recordaban lo que significaba José Vicente para la familia.

Recuperó un recuerdo muy vívido de su memoria: cuando él se dio cuenta de que estaba por primera vez embarazada y toda la ilusión que le produjo. Estaba interesado en realizar su curso de lancero que implicaba tiempo y dinero, porque las formaciones normalmente las descuentan del salario; pese a que era lo que quería, optó por no continuarlo y más bien empeñarse en proporcionar bienestar a su esposa y al bebé que venía en camino.

El primer regalo que le compró fue un carro rojo, porque imaginaba que sería un hombre y por ser del color que representaba el Arma de Infantería. Para su sorpresa, nació una mujer, y justamente el 9 de diciembre, Día del Arma de Infantería. Esta fue siempre una fecha de gran importancia para él, ya que era la celebración del área a la que pertenecía dentro del ejército. Su hija trajo consigo muchas sorpresas, y llenó su mundo de muchas "casualidades", de gran valor.

Dina Maiden Rojas Rojas era una pequeña de tez trigueña, la adoración de sus padres, y la primera integrante de la familia de ese gran amor. Se encontraba orgulloso, y aún más feliz, por lo que representaba el día de su nacimiento.

— ¿Vamos a ver a papi?

Esperanza volvió al presente irremediablemente con una pregunta de Dina, ahora a sus 5 años, mientras estaba sentada en el bus, de regreso a la casa fiscal. Besó en la frente a su pequeña al tiempo que seguía mirando el horizonte, esperando que toda esta angustia terminara pronto. No se esforzaba ya por darle explicaciones a su niña, porque

tenía la ilusión de que sería cuestión de horas, o quizás de algunos días el que pudiera ver de nuevo a su padre de regreso.

Sabía que quedaban muchas más cosas por vivir y por disfrutar, junto a su marido y a sus hijos. Aunque las cosas no hubieran sido fáciles hasta el momento, a causa de la guerra y de la ocupación que José Vicente eligió, si podemos decir que fue una elección libre o a lo mejor parecía ser la mejor opción en un país desigual, que pocas oportunidades entrega a la infancia y a la juventud.

\*\*\*

La infancia de José Vicente estuvo marcada por sus vivencias en el campo. Su madre, María Elvira Rincón, y su padre, Ángel María Rojas, vivían en una área rural en una de las más de 20 veredas del municipio de Buenavista. La vereda El Fical fue el lugar que acogió el nacimiento de José Vicente Rojas, el jueves 8 de julio de 1964.

La familia cultivaba guayaba, café y mandarina, entre otros alimentos, que lograban comercializar, inicialmente en la cooperativa comunal que crearon, y posteriormente en la tienda de los abuelos, donde también

ofrecían cerveza, y sus famosos helados de gelatina y leche.

Trabajaban de sol a sol para mantener a los más de 10 hijos, entre los que se encontraba José Vicente como uno de los menores.

A los 5 años, sus padres decidieron que lo llevarían a vivir con sus abuelos maternos a Ubaté, un municipio emblemático de Cundinamarca, reconocido por sus quesos y su industria lechera. Salomón Rincón, un hombre de más de 2 metros de altura, y Mercedes Díaz, una mujer de estatura promedio serían desde entonces las personas con las que contaría como compañía y apoyo.

Para esa época, cuando se tenían muchos hijos, como en el caso de los padres de José Vicente, los progenitores le encomendaban los menores a los abuelos; los pequeños ayudaban en casa, y apoyaban en lo que hiciera falta, sobre todo en el cuidado de animales y cultivos. Esto les permitía a los abuelos, no sólo compartir con sus nietos, sino también tener soporte para el trabajo pesado del campo, que por lo general requería de un cuerpo joven y vigoroso.

### Capítulo III Volviendo a casa

Los años de infancia fueron buenos para el sano crecimiento de José, pues sus abuelos eran personas muy amorosas y comprensivas. Le brindaron educación básica primaria y media secundaria en el Colegio Departamental Bolívar de Ubaté, en donde, como es costumbre y tradición, realizó a sus 12 años la primera comunión, atendiendo a sus creencias religiosas católicas.



Creció con lo necesario: con el pan de cada día, cocinando en leña, y descansando en un intento de cama, compuesta de orquetas y tablas, o durmiendo en el suelo de tierra; tampoco tuvo televisor, pero sí un radio en el que escuchaban música, las noticias, e incluso los deportes.

Todos los viernes acostumbraba a asistir a la misa en compañía de sus abuelos, y posteriormente salían a la plaza a vender los productos cosechados en la temporada. Este espacio le daba a los mayores la oportunidad de comercializar, mientras los niños y jóvenes ayudaban en la venta, jugaban, y se relacionaban en un entorno fuera del escolar. José Vicente no era la excepción: tenía de igual manera que vender las papas y las ciruelas provenientes de su finca, sumados a los helados de leche en una tienda improvisada. Por lo general, se le veía a gusto entre cultivos de melones, naranjas y guamas.

Entre las actividades recreativas propias de su niñez, le fascinaba jugar a las canicas, al fútbol, al yermis, a la "Lleva" y, a "El Ángel y el Diablo". Era un niño en formación, carismático y tremendo, a quien, incluso, le gustaba pasar tiempo con los animales. Le

contaba a Esperanza en una de sus anécdotas que varias veces llegó hasta a peluquear gallinas, dejándolas sin nada más que con el “cuero pelado”.

Los juegos no estaban solo en casa, y él era un niño inquieto y picaresco; a algunos compañeros y familiares, les unía los cordones para que se cayeran al caminar. Sin embargo, las bromas no eran constantes debido a los castigos impartidos por los profesores para mantener el orden. Se dijo a menudo que era curioso y activo, capaz de sacar siempre una sonrisa a aquellos que lo rodeaban.

Los recuerdos que tenía de su infancia se los relataba a Esperanza cuando comparaba la niñez de sus hijos con la de él. Confiaba en que sus hijos tendrían un mejor futuro que el propio.

En el campo vivía una vida laboriosa y rutinaria con pequeñas recompensas. Una de las cosas que más ilusión le producían era lo que sabía que venía con el aroma de la aguapanela y el tinto cerrero<sup>25</sup>, en el frío de la madrugada. Así, solía levantarse con ganas, porque conocía el efecto de calor que le

dejaban en el cuerpo esas bebidas, y el gran gusto que se daba para comenzar el día.

Era un auténtico amante de la cocina. Le gustaba preparar la comida a sus abuelos; con ellos tuvo siempre un fuerte vínculo, que fue lo que hizo que optara por quedarse a su lado, contrario a la mayoría de sus hermanos, quienes estaban realizando sus vidas fuera, en grandes ciudades como Bogotá.

En la adolescencia, pasó de ser un niño “bajito” a tener una altura que le hacía destacar entre los demás; para su edad, se daba el gusto de medir un metro y ochenta-y-ocho centímetros, lo cual lo hacía más atractivo para algunas jóvenes de su entorno más cercano. Durante esa etapa tuvo varias novias; y como recordaba, según le contaba a Esperanza, a veces incurría en la travesura de rayar las fotos en las que aparecía con pretendientas, intentando con esto guardar plena confidencialidad de sus amores juveniles.

Solía ser algo tímido, pero al entrar en confianza, desplegaba todos sus encantos en los eventos a los que se le invitaba. Era buen bailarín, y cuando bebía algo de alcohol, su

cuerpo se desinhibía de tal forma, que sufría un cambio extraordinario, convirtiéndose en un muchacho mucho más extrovertido. Para ese entonces, le gustaba sobremanera la música de Pastor López, y disfrutaba mucho de las fiestas decembrinas.

A su esposa, de tanto en tanto le llegaban a la memoria las escenas de las caminatas que realizaban desde Buenavista hacia la vereda El Fical. Era un camino irregular entre las montañas, y un sendero rocoso, sumado a una corriente de agua que los acompañaba en un plan romántico. Solo los dos sabían cómo disfrutarlo plenamente. Le conmovía el recuerdo de que, mientras ella y su suegra iban a misa, los hombres de la casa; su padre Luis Eladio y sus hermanos Miguel y Edilberto, preparaban el almuerzo para hacerlas sentir especiales. Con una sonrisa en el rostro, reconocía que en los días en que él se encontraba en casa, ella era su única y absoluta consentida.



\*\*\*

A Esperanza le gustaba mirar a Emerson a sus nueve meses de edad, y traer al presente cómo la noticia de su llegada había alegrado a su padre; no cabía duda de la fuerza que le había proporcionado en medio de sus diferentes quebrantos de salud por la escolamina y el paludismo.

José Vicente esperaba que su primer hijo fuera varón; y después de la llegada de Dina, pasó mucho tiempo antes de que se produjera el milagro del siguiente embarazo. Los espacios en que podían compartir como pareja y con sus hijos eran escasos, debido a que las continuas misiones lo alejaban por tres o seis meses de su vida familiar.

En una de sus salidas a casa, contaba Esperanza a sus amigos en forma de anécdota risible, lo esperaba con los resultados de las últimas pruebas médicas que se había realizado; le dijo que estaba esperando su segundo bebé. A razón de su sentido del humor, su marido le soltó espontáneamente:

— Seguro que ese hijo será del vecino — Ella lo miró y empezando a dibujar una sonrisa le contestó, siguiéndole la corriente.

— sí, el vecino se encuentra justo ahí, escuchándolo todo, debajo de la cama.

Y ambos rieron a más no poder, para luego pasar a celebrar la llegada del segundo hijo, el primer varón de la familia.

¡Cuánto añoraba Esperanza volver a esos momentos, a esos espacios en familia, en donde los cuatro se divertían con cada ocurrencia de José Vicente! ¡Cuánto deseaba no tener que estar en ese bus, de regreso a las casas fiscales, sin respuestas claras sobre el paradero de su esposo! ¡Cuánto anhelaba que todo fuera una corta pesadilla! Pero ahí estaba ella, con sus dos hijos, uno bajo cada brazo, llena de incertidumbres.

En su momento, él le repetía que se había convertido en su compañía incondicional. Las obligaciones militares no fueron nunca un obstáculo para demostrar y transmitirles su amor, ni la distancia lo puso jamás fuera de la cotidianidad de su núcleo familiar.

No cabía duda de que a él le encantaba escribir; parecía que una de sus grandes pasiones era la de dejar huella, dejar señales de la existencia terrenal de ese hombre resiliente, amoroso, leal y valeroso que era. Se la pasaba bien describiendo momentos en el respaldo de cada fotografía, en telegramas<sup>26</sup> y en cartas, o incluso transmitiendo mensajes en las llamadas que hacía.

Las comunicaciones telefónicas no siempre eran fáciles. En ocasiones, por la peligrosidad de la zona en la que estaban, y por las dificultades de conexión, debían valerse de un mensajero particular para enviar algún mensaje. José Vicente tenía que pedirle a veces a una tercera persona, y esta a una cuarta, que llevara algún recado específico a su esposa. En estas condiciones, era de entender que lo que se habría de transmitir tendría que ser necesariamente corto y general, aunque no por ello menos constante en el tiempo. Los contenidos no dejaban de mostrar su anhelo de momentos a compartir con los suyos.

También escribía cartas en las que exaltaba la belleza de Esperanza y el gran cariño que le guardaba, comparándola con las flores

y las frutas que encontraba en sus recorridos por la selva. Sus cartas estaban plagadas del gran amor que sentían, pese a la distancia.

Fue siempre muy comprensiva, pues al decidir dar inicio a la relación, había reconocido que la labor de los integrantes de la fuerza pública no era fácil, y que no eran muchos los espacios que podía compartir con su pareja. La mayor parte de su tiempo la pasaba sola, ya que los permisos que su esposo tenía para regresar a casa tardaban de tres a seis meses.

En aquel bus, camino a la casa fiscal, quería pensar que su marido seguía estando en misión, pero la presión en el pecho, la respiración entrecortada, y esa inmensa angustia que le recorría el cuerpo, le impedían que pudiera recrear a plenitud los detalles de su anhelo. En el fondo, sentía que la vida de él se encontraba en peligro.

\*\*\*

Al llegar a casa con sus niños, cayó desplomada sobre su cama en un cansancio terrible. Tantos recuerdos en su mente, y el esfuerzo de mirar cada arbusto, en cada curva de la vía para ver si daba con su esposo,

la tenían francamente agotada. Debía dormir, pero no podía; sus sentidos estaban en alerta esperando escuchar un sonido, oler algún aroma, o sentir algo que pudiera resultar familiar, como indicio de la llegada de su esposo.

La noche hizo más aguda la soledad y la incertidumbre. Sus oraciones ya no le proporcionaban calma. Los niños lloraban lo que ella no podía llorar. Estaba atónita ante la realidad que la circundaba.

Al día siguiente, no pudo quitarse de encima el sufrimiento silencioso que no sabía cómo expresar. Sacaba fuerzas para seguir adelante con sus hijos, y decidió pagar una misa con la fe y el anhelo de volver a ver a su marido cuanto antes. Para ella, solo la fuerza divina podía interceder; no sabía qué más podía hacer.

«La guerra es mucho más inmensa y profunda de lo que podemos imaginar» se decía a sí misma, intentando recoger lo que sentía.

Alrededor de la celebración litúrgica se reunieron muchas vecinas, es decir, las esposas de otros militares que vivían en las casas fiscales. Empezó a escuchar diversas versiones de lo que pudo haber sucedido ese trágico 2 de noviembre de 1992. Todas las personas tenían hipótesis, creían entender lo que había ocurrido, y se aventuraban a explicar la situación.

Si el retén ilegal de la guerrilla de las FARC-EP estaba en la carretera justo en el momento en que José Vicente iba de camino de la casa fiscal a la base, entonces se presumía que ahí había desaparecido.

Algunos asumían que se habría percatado previamente de esta anomalía, y que habría alcanzado a darse a la fuga; de ser así, seguramente estaría escondido en la selva del Urabá. Esta idea le daba la sensación a Esperanza de que el tiempo sería más corto, porque sin duda volvería a ver a su esposo tan pronto como le fuese posible. Tomaría de nuevo la carretera, y aparecería tocando la puerta de la casa.

Otras personas estaban convencidas de que no había podido pasar el retén. Las FARC-EP buscaban lucrarse a partir de los secuestros de personas adineradas, aunque él no lo habría sido por su capacidad económica o por las tierras que poseía, sino por ser parte de una institución que los enfrentaba.

Quizás la guerrilla había descubierto que era militar. Esta idea la atemorizaba porque entendía que, en manos de dicho grupo, su suerte como parte de las fuerzas armadas era escasa, y las probabilidades de abusos, maltratos y torturas aumentaban, poniendo en riesgo su vida, y haciendo tardío su regreso. Muy recientemente, se habían escuchado testimonios de lo que les hacían las FARC-EP a aquellos miembros de la fuerza pública, con el fin de extraerles información sobre la tropa y su organización: privación del alimento hasta la desnutrición, y encadenamiento, entre otros. Esto les daba ventaja sobre el territorio para hacer atentados y desestabilizar a la institución.

Un grupo más pensaba que, si bien pudo caer en el retén, no estaría sujeto a malos tratos, teniendo en cuenta que la guerrilla en esos momentos buscaba una negociación

y un canje de guerrilleros con el Estado. Esta probabilidad le daba mayor nivel de tranquilidad a Esperanza.

Asimismo, se hacían conjeturas sobre el porqué la guerrilla habría podido tener información acerca de su oficio y profesión, y tenerlo así como candidato a ser secuestrado aquel día. Dudaban en que pudieran haberlo identificado, porque los militares, cuando salían de permiso, dejaban pasar mucho tiempo antes de afeitarse y cortarse el cabello, y normalmente dejaban la dotación e identificación en la base, sabiendo que cualquier riesgo podría significar ponerse en peligro. Él estaba muy bien instruido en cómo “mimetizarse” para no ser descubierto.

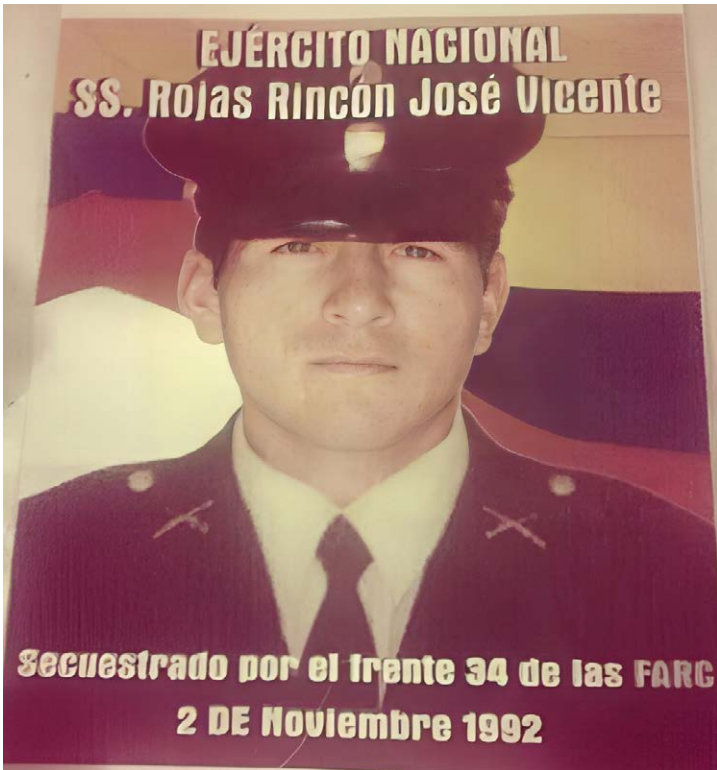
Otras posturas se ponían sobre la mesa. Algunos decían que era posible que unos trabajadores de un caserío cercano pudieran haberlo “vendido”, es decir, haber informado a las FARC-EP de la labor que desempeñaba. Se decía que cuando la guerrilla llegaba a un territorio, tomaba el control y el orden de la vida cotidiana y de la población; hacían justicia por su mano propia, regulaban los problemas de la comunidad, y prácticamente los obligaban a ser sus colaboradores.

La angustia de Esperanza se veía desbordada al darse cuenta que al parecer no estaba en un espacio de confianza, y que debía cuidarse de todas las personas que la rodeaban.

Otros señalaban que, en las pesquisas que realizaba la guerrilla en los retenes, podrían haber encontrado las fotos, y con ellas, tener una prueba de que era militar. A ella le dolía que los recuerdos maravillosos como familia pudieran llegar a convertirse en elemento para su perjuicio.

También pensaban que, en el Urabá Antioqueño, al quedar geográficamente ubicado en los límites con Córdoba y tener sus gentes un "acento costeño", había un alto riesgo de que José Vicente pusiera en evidencia que no era de ahí.

En general, algunas de estas versiones le ayudaron y le llenaron de esperanza, llevándola a posicionarse en que su marido no estaba muerto y que pronto aparecería. Por tanto, quiso enfocarse en su búsqueda aún más, y con más ahínco.





La búsqueda

IV

Esperanza quiso solicitar apoyo a la base militar. Le parecía que era lo más normal y justo, ya que dicha institución tenía todo el potencial, información y mecanismos para buscarlo, enfrentarse a la selva, y la guerrilla. Además, él se había esforzado siempre por cumplir a cabalidad con las órdenes que se le imponían, y la familia respaldaba y respetaba lo que trajera consigo su rol como militar. Sin embargo, para su decepción, cuando hizo la solicitud ante las instancias pertinentes, tan solo recibió regaños y desprecio.

Le pidieron que hiciera las respectivas denuncias ante el órgano competente, y que solicitara formalmente la búsqueda; todo ello implicó entrar en una cadena de trámites interminables, sumados al hecho de tener que repetir infinidad de veces la historia que tanto le costaba verbalizar. Se sentía juzgada y menospreciada por todos los comentarios que le hacían, que se volvieron en esos momentos tan habituales.

— ¿No será que se quiso perder? —le decían algunos funcionarios.

— Quizás, es que se fue con otra —intentaban mofarse mientras escuchaban su denuncia.

— No lo busque tanto que así no aparece —le respondían para ridiculizarla.

— Seguro está buscando una excusa para darse de baja de la fuerza pública —insistían.

Acudió al que era por esa época Procurador de Apartadó, entendiéndolo como una figura pública al servicio de este tipo de casos, en los que se encuentran involucrados funcionarios públicos. Sin embargo, aunque en principio lo contempló como una vía para canalizar sus inquietudes y buscar respuestas, lo que logró fue, por el contrario, aumentar su dolor. Esperanza lo guardó en su memoria bajo la imagen de un hombre cínico, cruel y desinteresado que, incluso, se había permitido perder la documentación que ella con esfuerzo había puesto en sus manos.

— Señora, si el ejército, que tiene más información y más medios para empezar y

tener resultados sobre la búsqueda, no tiene algo concreto a la fecha, mucho menos yo —esa fue la respuesta que recibió cuando intentaba conocer avances sobre el proceso de su marido.

Esta clase de posturas y contestaciones terminaban por frustrarla aún más. Ya no sabía qué más hacer ni a dónde acudir; se sentía sola enfrentando al mundo. Se dio cuenta que el Estado, representado en sus instituciones, no contaba ni con la regulación, ni con los mecanismos de seguimiento y acompañamiento en los casos de desaparición forzada de sus mismos militares. Sus denuncias se veían caídas, como en un agujero negro, y esto le generó un profundo sentimiento de soledad frente a su realidad y a la de toda su familia.

Algunas sensaciones le atravesaban el cuerpo, y la confundían. No lograba dejar de lado su agradecimiento con el ejército, sintiendo un apego muy particular, que lograba explicar por todo lo que había aprendido y lo que su esposo le había dicho acerca de la institución; por su situación particular, no podía dejar de sentirse disociada. No sabía qué ha-

cer ni cómo posicionarse cuando las preguntas y los cuestionamientos le abordaban.

Le parecía increíble que una persona desapareciera de la esfera pública, y que, por una parte, nadie se percatara del evento, y, que por otra, al saberlo, la institución fuera incapaz de ponerle nombre a lo sucedido. Inicialmente le habían dicho que estaba en el batallón; después, llegaron a buscarlo a su casa. En una primera etapa lo registraron como "desertor", como si estuviera comprobado que su ausencia era resultado de su propia decisión. Se estaba intentando invisibilizar y quitar forma a los hechos, que claramente definían que lo que había sucedido era la desaparición de un miembro de la fuerza pública. Cuánto le habría dolido a José Vicente saber que lo tenían en esa situación, cuando él vestía con fuerte orgullo el uniforme, sintiéndose a gusto por ser parte de las fuerzas militares.

«¿Cuál era la razón para que la fuerza pública no llevara la base de datos de sus funcionarios desaparecidos, para que, de este modo, se pudiera tener más información sobre lo sucedido a sus soldados?»

Pese a todo, ella no lograba pensar mal del ejército. Se preguntaba, sí, por qué la fuerza pública, siendo la entidad que más dinero recibía del presupuesto nacional, excusaba su mal manejo presupuestal con la premisa de que los recursos no eran suficientes, ni para pagar dignamente a los soldados acorde a los esfuerzos realizados durante las 24 horas del día, ni para crear bases de datos, cifras y estadísticas para el rastreo de militares. Las emociones encontradas la vulneraban. Bajo la justificación de que al ejército no le alcanzaba el presupuesto para dar solución a todas sus necesidades, no se sentía en la capacidad de cuestionar ni demandar las ayudas que precisaba.

Solo sabía que a los “desertores” no los buscaban; únicamente los descontaban de las listas de la institución. Toda la situación era muy contradictoria, ahora que su marido requería el apoyo de las instituciones que tanto había defendido, y por las que entregó su vida desde los 16 años, poniéndolas por encima, incluso, de su familia, y de él mismo tantas veces. Pero la ayuda no llegaba.

Esperanza no dejaba de recordar la confianza ciega que él mantenía en la promesa

de que la institución mejoraría su calidad de vida y la de su familia, a través de mayores ingresos económicos, y beneficios acreditados por la pertenencia a una organización del Estado. Lo único que quería era que su esposo estuviera con ella y con sus hijos en ese momento.

\*\*\*

De Carepa a Mutatá, el camino era peligroso. Se sabía claramente del control territorial que las FARC-EP tenían de algunos de los caseríos, y sobre los retenes ilegales que realizaban con frecuencia. Aun así, el acompañamiento militar en esa zona era casi nulo. Le quedaba claro que la seguridad de cada quien la ponía la misma persona:

— De usted depende su seguridad —era una de las afirmaciones que escuchaba con más frecuencia.

El ejército se empeñaba en repetir que la entidad no disponía de tantos recursos como para realizar un acompañamiento a cada lugar de riesgo. Los militares que enviaban a esa zona corrían un alto peligro. Era de saber que todos los días sucedían hechos atroces.

En los alrededores de Mutatá, las FARC-EP asesinaban militares con frecuencia; tanto era el control sobre el territorio, que tenían el tiempo de robar las botas y los uniformes antes de que alguien más llegara. Los helicópteros ingresaban a la zona para sacar los cadáveres, y aún así, supuestamente no había un listado exacto de las personas fallecidas. Muchos de los parientes de las víctimas, ni siquiera podían acceder al reconocimiento de sus seres queridos debido a las dificultades de acceso, costos de transporte e inseguridad en esas zonas. Por lo general, las familias eran de escasos recursos y no conocían sus derechos, ni mucho menos cómo acceder a ellos. Un gran número de campesinos que se alistaron en las filas del ejército, lo hicieron en busca de mejores oportunidades, eran de familias pobres y no había facilidades de traslado por lo cual los parientes no llegaban a reclamar los cuerpos.

Las condiciones que se le planteaban hacían ver que la logística de un rescate era un asunto muy riesgoso, pero esperaba con ansia los intentos que pudieran realizarse desde de la institución. No le resultaba posible que a su marido se le hubiera expuesto

tanto, y que ahora recibiera tan poco acompañamiento en su causa.

Cualquier palabra se quedaba corta en su intento e intención de transmitir el abatimiento y la violencia que se vivía en el territorio, y que ella sentía extensiva a su propia experiencia personal. Era una gran cantidad de integrantes de las FARC-EP a los cuales el ejército trataba de controlar. En Carepa, habían cinco batallones, y, dentro de los mismos, unas unidades especiales conformadas por muchas personas que tenían como objetivo salvaguardar a aquellos habitantes que estaban o podían estar en medio de las balas, los atentados y los retenes. En una ocasión, las FARC-EP lograron acabar con un batallón completo. Parecía que la vida no valía nada cuando se portaba un camuflado.

Los pobladores de estas zonas eran principalmente guerrilleros y militares. A la larga, se daba cuenta que, tanto militares como guerrilleros, tenían formas similares de actuar, y estrategias parecidas para hacer crecer sus filas. Ambas reclutaban mayormente campesinos, se dividían por frentes territoriales, contaban con rangos de mando, y

operaban principalmente en zonas rurales. Las diferencias más sustanciales estaban en su ideología política, y en su legitimidad y legalidad. Mientras el ejército tenía un deber legal que estaba avalado por un marco constitucional, las guerrillas actuaban desde un escenario clandestino e ilegal. La fuerza pública tenía como propósito proteger a la ciudadanía y al territorio, portaba un uniforme, y acataban órdenes provenientes del gobierno.

Esperanza entendía que había un tercer actor responsable de todo lo sucedido, y que se llamaba Estado; se suponía que guardaba cobijo a la ciudadanía, pero en realidad, se había mostrado indiferente con los derechos de las personas que la integraban.

Parecía que, quienes hacían parte del ejército, no debían aspirar a ningún tipo de indemnización, ni a que sus familias siquiera los buscaran en caso de desaparición. De entrada, con esta postura, parecía que la misma institución les pedía renunciar a reconocerse como parte de la estructura democrática, teniendo en cuenta que tampoco podían votar.

En muchos casos se olvidaba que, detrás de cada uniforme, habían seres humanos con necesidades, derechos, y que habían conformado y sostenían a una familia. Ella solía aclarar que se hablaba de militares de bajo rango, que parecían ser invisibles frente al Estado; al comparar su situación con la de un coronel u oficial, los derechos y la vida de estos últimos sí que parecía tener más valor.



\*\*\*

Pasados dos años desde su desaparición, el Ejército Nacional optó por realizar un acto administrativo y declararon la muerte por desaparición de José Vicente Rojas. En ese momento lo hicieron porque les pareció la forma más fácil de solucionar la situación pensional de su esposo. Esperanza le explicaba a sus allegados:

«Es decidir, a través de un documento, que mi marido ha muerto. Murió en un papel. Es respaldar la decisión de que el Estado no lo busque más, porque si a los desertores no los buscan, a los muertos menos».

Porque si bien el Ejército no era el encargado directo de investigar, sino otras instancias del Estado, ella piensa que no debería ser así, porque el servicio fue prestado al Ejército y ellos tienen diferentes herramientas como el conocimiento del territorio, la posibilidad de ingresar a zonas de alta peligrosidad, entre otras posibilidades que pueden aportar a las investigaciones y con ello a encontrar a los desaparecidos.

En ese momento, sentía que las diversas denuncias no recibían respuesta, que había agotado ya todos los medios legales posibles, y que no pasaba nada. En medio del dolor, la indiferencia y el agotamiento, y ese diálogo interno que le repetía cada vez con mayor frecuencia que no aguantaba más. En medio de angustias y tantos pensamientos recurrentes, salió a realizar una compra a Turbo con otras compañeras, con la sorpresa que al regreso a su casa se encontró con un retén del Frente 5to de las antiguas FARC-EP, quienes la abordaron con preguntas y fue retenida. La llevaron a las plataneras<sup>27</sup> al caer la tarde.

Estando allí en medio de la angustia pensaba en su esposo y buscaba entre los guerrilleros si él estaba ahí. Revivió, una y otra vez, las historias de todas las hipótesis que se habían tejido en su cabeza. Quiso mirarlos a los ojos para recordarlos después, y se encontró con que solo llevaban miedo en la mirada, un sentimiento tal, que imaginó que los conducía a la angustia, a la desesperación, a la ira y a la rabia; sus rostros llevaban mezclada la pobreza, el hambre y las pocas oportunidades en su vida.

Y como una de las experiencias más duras que jamás había vivido, tuvo que presenciar cómo torturaban, desmembraban y quemaban a un sargento que había sido raptado. Se daba cuenta, por sus propios ojos, que las historias que albergaba en su cabeza y que tanto la aterrorizaban se estaban haciendo realidad. No quería imaginar siquiera que su esposo hubiera tenido la misma suerte. Sentía que esos actos los llevaban a cabo con sevicia; pasado un tiempo, no podía borrar de su memoria la perversión y el placer que veía en esas personas al hacerle daño a otro ser humano. No percibía en ellos la menor pizca de culpabilidad, ni dolor alguno frente a sus más viles acciones.

Sin entender muy bien por qué, la guerrilla la dejó en libertad. Cree que fue porque no pudieron identificarla al no llevar su documento de identidad, o por no haber espacio suficiente para alojarla en el campamento, que ya de por sí estaba saturado de gente, siendo un espacio bastante reducido.

Cuando la dejaron irse, le dijeron con rotundidad:

— Si vuelve a este territorio, la picamos<sup>28</sup>.

Tomó el transporte de regreso a casa. Una vez dentro del bus, sentada en su silla, reconoció que estaba en un peligro inminente y que no se sentía con la suficiente confianza como para permanecer en la zona. No había hallado rastro de su esposo y había puesto en riesgo su vida. No podía seguir viviendo en Carepa, aunque esto significaba que tenía que alejarse de la posibilidad de que su esposo golpeará a la puerta de su casa en cualquier momento y ella no estaría allí para recibirlo.



Resistir y  
continuar

V

José Vicente había sido siempre muy protector. Se preocupaba mucho por la alimentación y bienestar de ella y sus hijos, en todo momento. Le decía que, como en medio de las misiones militares sufría tanto hambre, y vivía en ocasiones en condiciones inhumanas, buscaba evitar a toda costa que ellos pasaran por lo mismo.

Se caracterizó por ser un hombre responsable, atento y amable. Los padres de Esperanza valoraban el trato tan cuidadoso que le propiciaba, y lo "recochero" y detallista que era con su familia. Si estuviera en ese momento, seguramente le pediría que se cuidara y que atendiera a los niños, y sin duda le hubiera pedido que salieran de la zona. Saca fuerzas de donde no las tiene para continuar, aunque en ocasiones siente que no puede hacerlo sin su esposo.

Salir de Carepa junto a sus dos hijos era lo más sensato, aunque lo más doloroso. Pensaba que, no solo dejaba el lugar donde ha-

bía vivido en el último tiempo, sino que se alejaba de la ilusión de volver a abrazar a aquel hombre resiliente y alegre con el que había decidido vivir hasta el fin de sus días. No sabía a dónde podía ir; no entendía qué más podía hacer. Le pide apoyo al ejército para el traslado, pero no hay ni avión ni subsidio de transporte, según le hacen saber. Por último, uno de sus tíos se anima a ir a buscarlos, recorriendo más de 700 kilómetros, en quince horas de viaje a través de una intrincada carretera.

El trayecto de regreso estuvo enmarcado por la angustia. Tras dos horas de viaje desde Carepa, a 100 kilómetros de camino, donde se ubica el Cañón de La Llorona<sup>29</sup>, ocurrió un deslizamiento de tierra y lodo que produjo un alud de tierra; esto ocasionó que varios vehículos, incluido en el que viajaba la familia, quedaron enterrados. Solo podía decir:

«Un milagro nos salvó».

Sin explicación objetiva, más allá de la pericia del conductor y de las coincidencias, el carro pudo continuar su camino. Con el vehículo lleno de barro, recibían aplausos y

reconocimientos por parte de los pobladores de la zona; agradecían al cielo que salieran ilesos del suceso.

Durante el trayecto, Emerson, con sus ya 5 años, empezó a mostrar algunos signos importantes de enfermedad, por lo que, al llegar a Bogotá, decidió acudir de inmediato al Hospital Militar. Ahí se refugió durante los ocho días en los que el niño tuvo que estar recibiendo tratamiento. Esos primeros días, en el frío capitalino, le permitieron reconocer que llegaba en condiciones bastante precarias, con poco apoyo estatal y mínimas oportunidades laborales.

\*\*\*

Como muchos militares, José era un hombre que brindaba estabilidad económica a su familia, por lo cual su esposa y sus hijos dependían 100% de sus ingresos. Por esa época, dada la cantidad de casos de militares secuestrados, el ejército decidió darles una pensión a las familias perjudicadas. Inicialmente, el salario de los militares era transferido en su totalidad, pero, cuando muchos de ellos regresaban de nuevo a casa, se quedaban con que el dinero había sido derro-

chado y ellos se quedaban entonces con las manos vacías. Posteriormente se reformó la medida, otorgando solo el 50% del sueldo a las necesidades familiares, y el otro 50% era guardado para uso de la persona en cuestión.

Como una de las posibilidades para explicar la desaparición de José Vicente fue la del secuestro, Esperanza logró obtener por algún tiempo el 50% de su salario para la manutención de sus hijos. Sin embargo, al segundo año, cuando le pidieron firmar el acto administrativo de la declaración de la muerte por desaparición, le permitieron acceder a la pensión de su esposo que era por un valor menor del que estaba recibiendo inicialmente. Este dinero acrecentó su sensación de vacío y dolor, porque, aunque podía darles un apoyo económico, no era suficiente para brindar unas condiciones dignas a sus hijos, ni para su educación. En consecuencia, necesitaba trabajar para avanzar y ofrecer un mejor futuro a sus hijos.

Así que tomó fuerzas y empezó a buscar empleo. Preguntó en el mismo hospital en el que se encontraba su hijo, y una de las enfermeras le recomendó dirigirse al Minis-

terio de Defensa para llevar su Currículum Vitae. No sabía ni siquiera cómo poner en un formato su información personal, pero una persona, en una papelería, le brindó apoyo para lograr tener impresa su primera Hoja de Vida.

Con gran ilusión se acercó al Ministerio de Defensa. Recordaba que su esposo siempre le hablaba de la sensación de equipo que le brindaba la institución, y de cómo sentía al ejército como su familia. Sus continuas referencias amorosas le transmitieron un cariño especial por la entidad.

El primer contacto lo estableció con un coronel, quien al recibirla, la miró de arriba a abajo, tomó su currículum por compromiso, para luego rasgarlo frente a ella; se sintió tratada de la forma más despectiva que jamás había experimentado. De nuevo se vio sola, marginada por la institución, y con la idealización de equipo que tanto se había empeñado su esposo en mantener, rota.

«¿Pero dónde está el equipo? » Se preguntaba mientras intentaba comprender.

A pesar de las dificultades que no pararon de venir, continuaba buscando sin parar oportunidades de trabajo para brindarles alimentación, estudios, y un techo a sus hijos. La noticia de que Emerson estaba mejorando se empañaba con las preguntas que la abordaban:

«¿Dónde y de qué vamos a vivir? ¿Quién nos puede ayudar?»

Por desgracia, para la familia no habían respuestas claras; solo contaban con vacíos emocionales, económicos y alimenticios. Ella no conocía nada más allá de la fuerza pública, y por eso siguió insistiendo en el Ministerio de Defensa hasta que, cinco años después, se encontró con una secretaria en el Hospital Militar; la mujer la escuchó y trató dignamente, e incluso le permitió realizar los exámenes para valorar sus habilidades. Aprendió una lección muy útil y práctica: omitir toda información sobre su pasado y decir que su esposo militar estaba desaparecido le daba mejores resultados para obtener trabajo.

El 2 de enero de 1997 empezó a trabajar haciendo oficios generales, atendiendo la cafetería, y realizando labores externas. Estas actividades requerían un gran esfuerzo físico, y a pesar de que eran oficios distintos y que no contaba con remuneración extra, los hacía sin reparos y con una completa disposición por su parte. Logró obtener un poco más de dinero vendiendo rifas, y mostrando sus dotes culinarias en el batallón. De esta manera, pudo darles a sus hijos una mejor vida, con condiciones más dignas, y apoyo económico para sus estudios.

\*\*\*

Experimentaba un gran vacío al tener que llevar la carga sola. No quería ni sabría cómo haber compartido con sus hijos la incertidumbre sobre la supervivencia de su esposo, y en caso de estar vivo, sobre su salud y las condiciones en las que se encontraría en ese momento. No quería que su familia se enterara de la indiferencia en la que vivía el día a día, no solo por parte de la institución, sino también de la sociedad, y en especial, del grupo de personas en las que sentía que podía llegar a tener un respaldo: la población víctima del conflicto armado.

Bien sabía que, en la reglamentación colombiana<sup>30</sup>, se reconocían a las víctimas del conflicto armado, y se señalaba que, cuando los miembros de la fuerza pública estaban asimismo involucrados, su reparación económica había de realizarse según el régimen especial que les aplicara. Esta diferenciación puede hacerle sentir a la comunidad en general que no son “iguales” que las víctimas de la población civil y a Esperanza en particular, la hace sentir esa distancia en términos legales.

Ella y su familia admiten haber sufrido daños emocionales y psicológicos importantes, al igual que otras víctimas, y han padecido de depresión, ansiedad e ideaciones suicidas. Su dolor e impotencia aumentaba cuando acudía a las reuniones organizadas por la población víctima, sintiéndose maltratada, discriminada y despreciada por el hecho de hablar en representación de las personas de la fuerza pública y de sus familias. Si bien, muchas víctimas del conflicto armado habían sido atacadas y violentadas por la fuerza pública, esta fractura institucional la vivía a nivel personal y en el día a día.

«Nos han sacado de reuniones de víctimas por el solo hecho de que mi marido hacía parte de la fuerza pública. El uniforme no te pinta de diferente manera; hay una familia que te espera en casa. Es un ser sintiente. El dolor parece estar reservado para otros, y a nosotros nos excluyen» trataba de explicarse a sí misma con gran indignación.

Era justo y necesario brindar mayores garantías a aquellos familiares de quienes hacían parte de las fuerzas militares, y que eran víctimas por desaparición, asesinato o cualquier otro hecho victimizante.

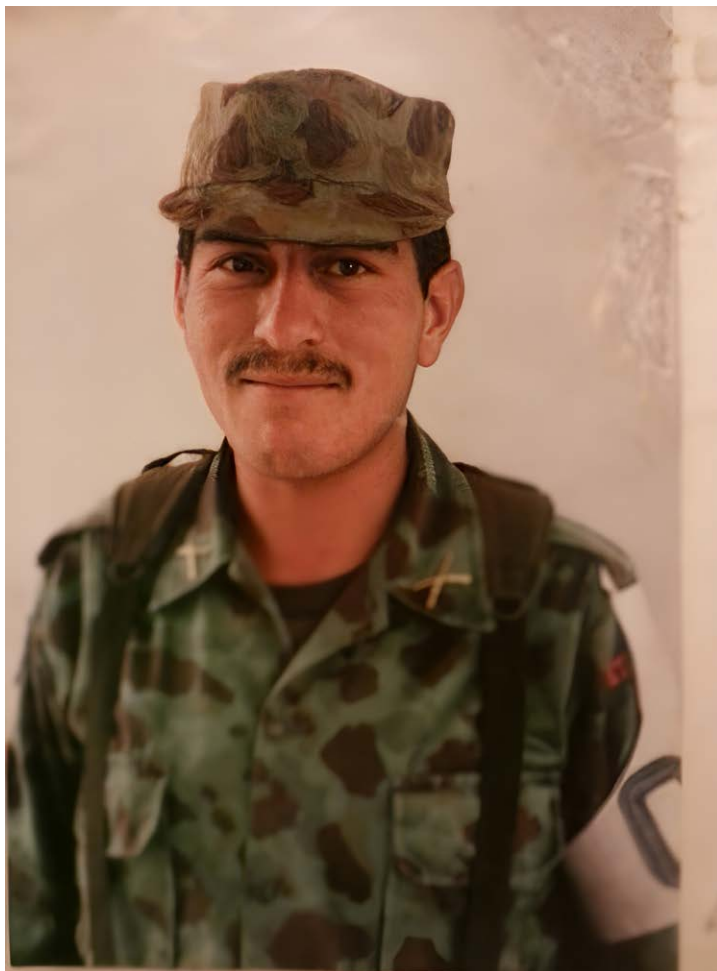
Poco después, buscó acudir al DAS (Departamento Administrativo de Seguridad) para poner una denuncia, encontrándose de nuevo con la burocracia que no le permitía avanzar. Reflexionaba mientras recordaba:

«José Vicente no tenía, ni nunca contó con garantías de nada. Tenían el descaro de decir que yo, como familia, no tenía derecho a recibir información sobre los avances de las investigaciones. Quisiera información sobre el paradero de mi esposo por parte del

ejército. Nos dicen que no es posible recibir novedades del batallón sobre su búsqueda, y no dan respuesta, ni propuesta alguna para manejar la situación».

Sintió muchas veces que el Estado le daba la espalda, que estaban evadiendo sus responsabilidades, desconociendo la ley, e ignorando a las víctimas del conflicto armado. La frialdad de su entorno fue algo con lo que tuvo que lidiar por años, mientras esperaba con fe encontrar a su esposo.

«Vivir en medio de la guerra les quita humanismo. Muchas personas, sin certeza alguna, me han afirmado que él ya estaba muerto».



\*\*\*

En medio del frustrado proceso de paz llevado a cabo bajo el gobierno del expresidente Pastrana, del 7 de enero de 1999 al 20 de febrero de 2002, Esperanza visitó sin resultados la zona del Caguán, intentando encontrar una respuesta a sus preguntas, directamente de parte de los principales comandantes de las FARC – EP.

Como resultado de la difusión por todos los medios posibles, logró concertar una audiencia, en Medellín, con integrantes del 5to y 34vo frente de las FARC-EP, en el marco del proceso de paz del gobierno de Uribe Vélez, denominado Justicia y Paz. Esta vez después de las exigencias y luchas constantes de Esperanza, el Ejército se encargó del transporte y de los gastos de estadía el Ministerio de Defensa, y así pudieron viajar ella y su hija Dina, por ser parte de la Fuerza Pública. Asimismo, la base militar en la que trabajaba le dio el permiso laboral para que pudiera asistir.

La audiencia fue un duro enfrentamiento emocional. Estuvo ahí con alias Karina, y 15 militantes más de las FARC-EP; ninguno quiso hablar sobre su esposo. Después de una gran insistencia por su parte, uno de los señalados, con vergüenza y sin poder sostener la mirada, pidió perdón e hizo saber que alias Carmenza y alias El Negro Antonio, estuvieron involucrados en el retén ilegal de tres días, en el cual el único secuestrado de toda la flota había sido José Vicente. Confesaron que había sido interceptado con ayuda de un informante, que era un tendero del sector. No solo hablaron sobre lo sucedido a su marido, sino también sobre otras víctimas que, en su momento, fueron también integrantes del ejército. Se encontraba asombrada de lo indolentes e inhumanas que sonaban las versiones tan atroces que narraban, y con la forma en que atribuían culpas y responsabilidades al ejército.

Las vagas informaciones que tenían sobre su caso específico, la llevaron a pensar que había sido raptado por el frente 5to de las FARC-EP; según señalaron, le encontraron una radio de comunicación, y por tanto, lo habían etiquetado como parte de la inteligencia de la fuerza pública.

Su dolor e impotencia la llevaron a comprender que la población informante era otro tipo de víctima más del sistema, pues posiblemente veían en riesgo su vida si no daban información a la guerrilla. La búsqueda de autocuidado y deseo de supervivencia hacían que los principios éticos se dejaran a un lado, aunque la consciencia continuara pulsando por el resto de los días. Ella no juzgaba ni esperaba nada de la población civil, pero sí, como poco, el respaldo de la institución a la que su esposo le había entregado gran parte de sus sueños.

Obtuvo información de que, en el mismo mes de noviembre, había desaparecido Carlos, su compañero incondicional. La guerrilla, por esa misma fecha, propuso un trato al ejército para hacer un canje de personas. Le ofrecieron entregar a José Vicente a cambio de un desertor de las FARC-EP. Estaban hablando como si dos personas fuesen fichas de juego: intercambiar a José Vicente, que tenía un cargo de sargento segundo, por un muchacho joven y apuesto que había escapado de las filas de la guerrilla. Según el relato, el ejército no lo aceptó a razón de que tenía como propósito mantener la confianza de los desertores, y de esta manera,

otorgarle mayor fuerza a la reinserción voluntaria de quienes habían ingresado a las filas por obligación o por voluntad.

Todo parecía una fuerte contradicción de la institución. Por un lado, su objetivo era combatir y cuidar el territorio, y a la población; y por otro, era notorio el desamparo hacia los militares que estaban en terreno, combatiendo.

«Los militares son útiles para el Estado cuando dan resultados. Para cumplir esas órdenes, tienen que priorizarlas por encima de su salud, de su familia y de la vida misma » reflexionaba Esperanza.

En 2008, cuando se liberaron varios secuestrados con la operación "Jaqué", esperaba verlo de nuevo en medio de los liberados. Pero no pasó. Dicha situación fue dura, porque cada día parecía como si fuera a llevarse consigo la fe del reencuentro anhelado. La ilusión de volverlo a ver no había "desertado" ni "muerto".

Ella y sus hijos se implicaron activamente en las mesas de participación de víctimas y en los diferentes espacios de trabajo y diálogo para la construcción de paz, como lo fue el trabajo territorial recogido para la construcción de la Ley 1448 ó Ley de Víctimas y Restitución de Tierras. Derivado de su coraje y capacidad de reflexión, trabajó para que los desaparecidos fueran incluidos en la conmemoración del el 9 de abril, Día de la Memoria y Solidaridad con las Víctimas del Conflicto Armado en Colombia<sup>31</sup>. De cualquier manera, seguía reconociendo que no eran suficientes los esfuerzos hechos, porque aún no estaban visibilizados todos los hechos victimizantes que enfrentaban los integrantes de la fuerza pública y sus familias.

Con la intención de encontrar la verdad de lo que le había sucedido a su esposo, a continuación decidió buscar por otros medios. Repartió volantes en las calles, hizo "plantones"<sup>32</sup> en las plazas públicas, participó en marchas, y acudió a la emisora de Caracol Radio y al periódico El Tiempo.



\*\*\*

La sensación de no ser parte de las víctimas, y de sentirse excluida también de las fuerzas militares, le hacía pensar que la lucha por la causa de su esposo estaba disminuida. No entendía cómo reavivarla; no comprendía qué más debía hacer.

Su fuerza interna la llevó a unir a varias familias que se encontraban en su misma situación. No fue fácil encontrarlas, siendo que estaban tan dispersas en el territorio nacional, tan invisibilizadas, y tan acalladas;

perseveró hasta que, una a una, fueron registradas en una base de datos en la que las fuerzas militares les reconocían este tipo de hechos victimizantes.

Unirse a otras familias le ayudó a comprender que no luchaba por un hecho aislado, y si bien la reconfortó sentirse acompañada, de igual manera la horrorizó cada historia nueva que conocía. El dolor que ebullicaba en cada hogar le recordaba el suyo propio, y ambas causas la conmovían igualmente como si fueran una sola.

«El caso de José Vicente fue el primero en salir a la luz pública, pero hay mujeres que llevan esperando aún más tiempo. Conocí el caso de un militar desaparecido desde 1983, casi 10 años antes que mi esposo, y hasta la fecha no se sabe nada» pensaba.

Inicialmente se unieron a ACONVIVIR, un grupo de víctimas de la fuerza pública en el que se encontraban quienes habían sufrido hechos victimizantes, tales como el secuestro, el desplazamiento, y la mutilación por minas antipersonales. Sin embargo, la di-

mención propia de la desaparición, los llevó a precisar de un espacio particular de visibilización, por lo cual se conformó ACOMIDES (Fundación Colombiana de Miembros de la Fuerza Pública y sus Familias Víctimas del Conflicto Armado en Colombia); en 2013 decidieron registrarse legalmente como FUNVIDES (Fundación de Víctimas de Desaparición). Este registro obedeció principalmente a que la JEP<sup>33</sup> les exigió que debían hacerlo y cumplir con otro alto número de requisitos para poder ser recibidos sus casos y participar de sus procesos, aunque hasta ahora ningún resultado positivo les ha traído cumplir con todo y solo han sido citados a una audiencia, porque a las demás les pidieron usar recursos propios para asistir y la Fundación no contaba con estos. Cree firmemente que al ser una organización de víctimas militares no reciben apoyo tampoco de otras instituciones.

Unirse y acompañarse entre familias de militares desaparecidos, se convirtió en un refugio para ella y sus hijos, y les permitió extender su voz y apoyo a muchos otros ho-

gares que lo necesitaban. Como equipo, lograron sobrellevar el dolor, y hacer del mismo el motivo principal para movilizarse por una sociedad que, tanto carece de apoyo, como de conocer la verdad.

Gracias a la fundación, consiguieron desarrollar y fortalecerse en resiliencia, y permitir a otros tantos hogares seguir en la búsqueda de sus militares desaparecidos. La organización se logró visibilizar como un escudo protector para otras víctimas frente a un contexto tan indolente.

«A mí me dolió que vinieran a buscar a José Vicente un día después de haberme dicho que había llegado bien a la base, pero me enteré del caso de una mamá que fueron a visitar un mes después de que el soldado había partido a la base militar» explicaba Esperanza.

Ella creía que era importante que la fuerza pública tuviera, en este sentido, un mayor control sobre sus integrantes, que los vieran como personas, y que les reconocieran como

seres que hacían parte de una familia. Reconocía asimismo que la negligencia estaba presente en la poca voluntad y en la falta de humanismo, y que no era posible que esto se permitiera dentro de una institución como el ejército. Así lo decía:

«Muchas familias afectadas no recibieron ni una pensión mínima por la desaparición o muerte de sus seres queridos. La justificación era que los militares tenían que cumplir con un tiempo determinado en el ejército, y de no contar con él, no habría apoyo ni ayuda de ninguna índole».

Pese a reconocer la indolente respuesta que sabía que le iban a dar siempre en el Ministerio de Defensa, iba de tanto en tanto, de todas formas, a corroborar los avances de la búsqueda, y le pedía de igual manera a las familias que no dejaran de hacerlo, porque allí no aparecía como desaparecido, sino como muerto.

El Ejército Nacional tenía un listado con los militares que para ellos estaban muertos, entre los que estaba incluido el de José Vicente. Ella se mostró inconforme desde el

principio; acudía al batallón frecuentemente para reafirmar y aclarar que su esposo no tenía por qué estar en dicha lista. «Ellos no deben hacer una lista de muertos, son desaparecidos, él no está muerto, está desaparecido, está secuestrado, ¿por qué tienen que ponerlo entre los muertos, si él está vivo? José Vicente no debe estar ahí o muéstreme el cadáver» insistía con indignación y dolor Esperanza.

Con su insistencia ponían el caso de José como secuestrado desaparecido, pero su esposa al volver se encontraba con que otra vez estaba en la misma lista de muertos. Así que la lucha por no estar en estar lista fue larga. Después de tantas confrontaciones y a causa del aumento de casos de secuestro se abrió la oficina encargada de los casos de secuestros y desapariciones. «La experiencia del hecho victimizante causa de por sí daños emocionales; si, aparte, se le suma la densa tramitología y el poco respaldo por parte de instituciones y sociedad en general, los daños psicológicos son aún mayores» reflexionaba. Muchas veces los invitaban a reuniones y a misas por parte del Ejército y no hablaba ni el sacerdote de las personas

desaparecidas, lo cual resultaba más doloroso, era más una humillación para ella y otras víctimas con la misma condición. El Ejército hace muy poco visibles los casos de desaparecidos, se tratan de mantener como casos aislados sin mucha importancia.

Reconocía las grandes problemáticas que eran comunes entre los familiares afectados, y el poco valor e importancia que se les prestaba. Hablar del hecho victimizante no implicaba hacer referencia exclusiva a la víctima primaria, desaparecida de forma forzada, sino también a aquellos parientes cercanos, afectados psicológica, social y económicamente. En la mayor parte de los casos, había esposas devastadas que pasaban a ser cabeza de hogar; hijos que desarrollaban conciencia, traumática o no, de los eventos y sus circunstancias; señalamientos sociales y revictimizaciones. Hacía falta un acompañamiento psicológico auténtico y empático para hacer más llevaderas las ausencias, el estrés, y la fatiga crónica, entre otras afectaciones derivadas de tragedias similares. El Estado no contemplaba esta otra cara de la moneda, estas heridas que dejan marcas profundas en las generaciones más jóvenes.

Ella continuaba luchando por un apoyo permanente, y por un trato digno y humanizante, que implicara una reparación integral, con un empleo estable, una educación con garantías, una vivienda digna, una atención psicoterapéutica, y una indemnización acorde a sus necesidades. La integralidad era fundamental: no era suficiente ni efectivo que se atendiera un solo aspecto, restándole importancia a los demás. Ella y sus hijos seguían caminando por ese duro sendero, en el que buscaban la dignificación de aquellos desaparecidos de la fuerza pública de los que nadie hablaba.

Se había enfrentado a quienes afirmaron, sin certeza, la muerte de su esposo, y también acompañó los procesos de otras mujeres que buscaban un espacio de refugio y reconocimiento:

«Los desaparecidos, no solo deben estar en el corazón, porque en el corazón no son visibles a los demás; es necesario hablar de ellos para reafirmar la existencia de estos sucesos, ya que, de lo que no se habla, no existe» le decía claramente al Ministro de Defensa, Diego Molano<sup>34</sup>.

En 2015, ella y sus hijos participaron en las mesas de trabajo que se realizaron con el fin de nutrir los diálogos del proceso de paz con las FARC-EP, del gobierno del expresidente Santos; con ello se logró el Acuerdo de Paz, en 2016. Asimismo, han acompañado las mesas de trabajo del grupo de víctimas que la JEP convocó, lo que les permitió participar en la Audiencia de Reconocimiento del Caso 01: Toma de Rehenes, Graves Privaciones de la Libertad y Otros Crímenes Concurrerentes Cometidos por las FARC-EP, el 23 de junio de 2022.

En la audiencia, pudo tener de nuevo enfrente a comandantes de las FARC-EP, en esta oportunidad, 30 años después de la desaparición de José Vicente. Estuvo con el último secretariado mayor, pero eso no quiso decir que hubiera recibido respuestas sobre lo sucedido.

Como mujer persistente, Esperanza, siente que aquella promesa que le había hecho a su marido, en la que le aseguraba que iba a buscarlo donde y cuando fuera necesario, la ha podido cumplir a través de su activismo.

Su indagación incansable sobre el paradero del hombre de su vida la hace cada vez más resiliente.

El hecho de recordarlo y seguir con su propósito, le ha permitido llevarlo siempre presente, y más aún si se aproxima una fecha especial, como lo es su cumpleaños, el día de su desaparición, o la celebración del Arma de Infantería. Los eventos que se conmemoran en nombre de los desaparecidos, son tomados como homenajes, y se convierten, según sus creencias, en la mejor forma de no dejarlos en el olvido. Las familias, como la de ella, suelen llevar una foto de su ser querido en la cartera, con el anhelo de que, en algún momento, puedan recibir alguna posible respuesta.

Muchas mujeres, como Esperanza, no han recibido una orientación ni un soporte emocional o terapéutico que las ayude a sanar. En Colombia, no ha existido nunca una reparación efectiva a las familias, pues realmente el país no estaba, ni está preparado y/o no tiene el interés suficiente para brindar el acompañamiento necesario para tan atroces hechos.

Aunque han sido muy pocos los resultados para esclarecer la verdad sobre ese 2 de noviembre de 1992, la lucha de la familia continúa, y ha logrado, hasta la fecha, sacar a la luz la desaparición de muchos integrantes del ejército, y el dolor de sus familias. Durante ese tiempo, Esperanza ha contado con la compañía de sus hijos y la de toda su familia; primos, tíos, sobrinos y hasta los nietos han estado a su lado, apoyándola y convirtiendo su lucha en un trabajo colectivo.

Vivir y  
recordar

VI

Dina y Emerson guardaban leves recuerdos de su padre, ya que eran muy pequeños; les ha quedado ese dolor generacional de todo lo que han tenido que vivir. Andando ese sendero en conjunto, y con toda la información recolectada, han logrado hacer memoria de todo lo que significa para ellos aquel superhéroe que guardan en su corazón, y que buscan dignificar.

Cada uno de sus hijos ha tenido su forma particular de construir y guardar recuerdos de su padre, a partir de las historias que les ha narrado a lo largo de su vida.

Dina, la primera hija de la pareja, ha buscado reforzar los leves recuerdos de su vida en compañía de su padre, conservando y dando valor a las fotos del álbum familiar, sobre todo a las que muestran su rostro o llevan algún escrito con su letra.

— Esa mañana de papá de escribir al respaldo de cada foto, ahora me ayuda a saber cuándo fue tomada, y me trae recuerdos —

suele decirle a su madre cuando lo rememoran. El amor de su padre por las fotografías hizo que muchos de los recuerdos hayan quedado impresos y acompañado a Dina en construir sus memorias.

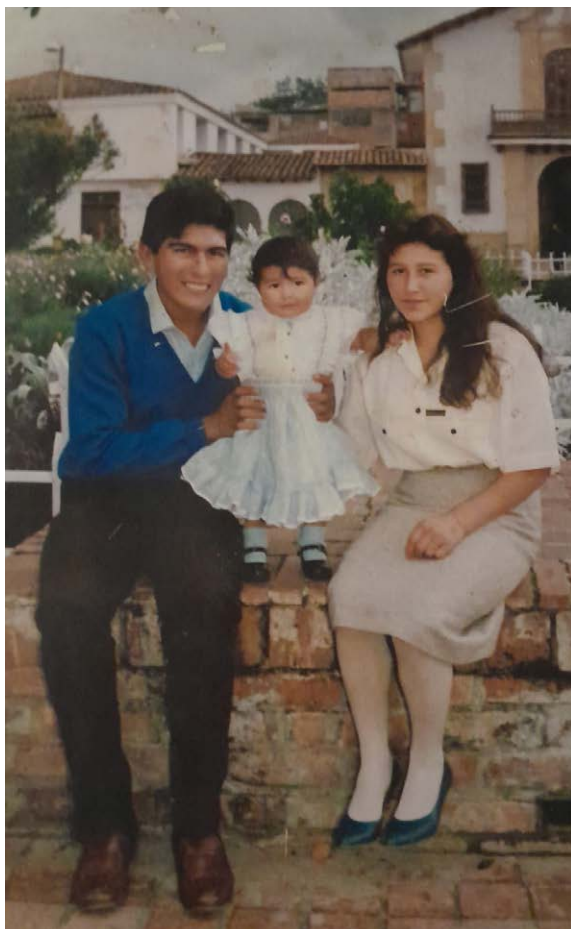
Recordarlo y recrear su imagen para narrar aquellas historias que construyeron, han permitido que José Vicente jamás se borre de su sentir. Cada foto la ha llevado a un lugar significativo para ella:

— Estos son los momentos en los que más me divertía con él. Estamos en el campo, en la vereda Buenavista, de donde eran y vivían mis abuelos paternos. Los días en que mi papi tenía permiso, íbamos de visita para disfrutar de la naturaleza y el entorno —afirma mientras señala una foto.

En algunas instantáneas no recuerda muy bien el momento, pero los recrea con las historias que su madre le ha ido contando a lo largo de su vida. Esa imagen estática de un momento, no solo almacena un evento sino una historia llena de emociones. Algunas de ellas están tomadas dentro de un batallón; no recuerda con exactitud en cuál de todos fue, de aquellos a los que habían trasladado

## Capítulo VI Vivir y recordar

a su padre, y reconoce que pasaba una gran parte de su tiempo en esas instituciones. En su memoria, Dina no guarda a su padre como una persona seria o malhumorada; solo recuerda el amor y la diversión que reinaban por doquier.



Las veces que ha sentido estar en momentos duros de afrontar, o cuando se ha sentido agotada, solo ha pensado en: «¿qué me diría mi papá? ¿Qué haría él en esta situación?» Siente que recordarlo la ha llevado a ser una mujer resiliente.

También lo ha buscado en las historias que sus tíos paternos le han contado:

— Era un hombre recochero y alegre, al que le gustaba compartir una cerveza con su familia. Cuando tenía alcohol en el cuerpo el temperamento le cambiaba, aunque no era algo que pudiera ponerlo en riesgo.

En sus facciones y expresiones ha visto asimismo a su padre. Mientras Dina lleva consigo el carisma, la recocha y el entusiasmo, y el encontrar la gracia y lo positivo en cada situación difícil.

Las vidas de sus dos hijos han estado marcadas por la desaparición de su padre. Esperanza hizo un gran esfuerzo para que tuvieran una buena formación, con conciencia social, y con un fuerte cariño hacía un hombre que, aunque no le fue posible com-

partir con ellos mucho tiempo, pudo quedarse en la imagen positiva que guardaron en su memoria. Les decía habitualmente:

— José Vicente ha sido un héroe, resiliente y pleno de alegría, que ha querido contribuir con la regulación de la violencia en un periodo en el que, en Colombia, hubo un fuerte estallido social, político y económico.

Para Dina, sigue existiendo la posibilidad de que su padre esté vivo. También, que es probable que no lo esté. Ha tenido múltiples historias para intentar dar respuesta a: ¿qué pasó? Pensaba que podía haber sido asesinado cuando recién lo secuestraron; o que intentó escapar, ya que era un hombre muy astuto.

Para Emerson es una historia inconclusa y muchas cosas no se han podido esclarecer. Su versión es que a su padre se lo llevan en un retén de la guerrilla, lo identifican por un radio que llevaba y lo secuestraron. Su sentir, como forma de aceptar una dura realidad, lo ha llevado a pensar que: «de pronto no está vivo».

Los padres y hermanos de José Vicente, han visto como factible que se encontrase vivo, gozando de bienestar en algún lugar, escondido, o con otros intereses e ideales, políticos y sociales; aunque, no se sabe con certeza, debido a que eran muy reservados sobre este tema, y preferían hablar sobre las novedades, sus propias vidas, las jornadas de estancia en el campo, y el disfrute de placeres como la comida.

Esperanza logró que sus hijos estudiaran en la universidad, en un contexto en el que, tan solo un 30% de la población colombiana, lograba acceder a un sistema educativo no gratuito. La formación universitaria implica un gran esfuerzo económico para las familias, no solo por el costo de cada semestre, y la manutención, sino por el dinero que se deja de percibir del trabajo de los hijos.

Dina Maiden, estudió ocho semestres de la carrera de Derecho. Se retiró a razón de tener a cargo a sus dos hijos; las afectaciones de salud que tenían, la llevaron a dedicar el 100% de su tiempo a sus cuidados. Posteriormente se interesó en la Administración,

pero no pudo terminar sus estudios por temas económicos. Trabajó en la sección administrativa del ejército, haciendo parte de la Escuela de Infantería durante 10 años. Siente que sus padres han influido en su labor y escogencia de su ocupación desde que era pequeña.

De igual manera, ha visto que sus hijos han vivido de cierta forma lo que ella pasó en su infancia, puesto que, en el ejército, los empleados civiles están cobijados por un régimen laboral especial que demanda más tiempo del habitual en actividades laborales. Aunque le gusta lo que hace, y agradece la estabilidad laboral, no ha querido que sus hijos tengan demasiada afinidad con aquel estilo de vida con el que, por su arduo trabajo, exigencias laborales y código estricto, dejen de lado a la familia y las libertades que se pueden permitir siendo civiles.

La experiencia familiar y el dolor con el que han cargado por más de 30 años, la han llevado a no querer establecer un hogar con un militar, o con algún integrante de la fuerza pública. Tampoco desea que su hijo preste el servicio militar. Por fortuna, en Colombia ya

no es una labor obligatoria, y ella puede costear el valor de la libreta militar para que no tenga que ir a la guerra. Aunque siente que el conflicto armado se ha atenuado, Dina ha sabido que muchos de sus compañeros de trabajo han sido secuestrados y/o asesinados; huye de repetir la historia, y de volver a sufrir con otro familiar lo que ha tenido que vivir con la desaparición de su padre.

Emerson, el único hombre de la familia, se interesó por ingresar al ejército. Señala que, desde pequeño, le gustaban las prendas camufladas y jugar con soldaditos de plástico. Sin embargo, en su momento, le fue negado el acceso por ser hijo de un suboficial que se encontraba desaparecido. Así que decidió cursar su pregrado en Derecho, con el fin de ser parte del personal administrativo del ejército, aunque finalmente no lo consiguió.

«Las cosas pasan por algo. De haber ingresado a la fuerza pública, tal vez no existiría FUNVIDES, el espacio de acompañamiento y asesoramiento a las familias, que creamos para apoyar a quienes, como nosotros, han pasado por la desaparición de un familiar, que ha sido integrante de las fuerzas públicas» reflexiona, con una mirada positiva.

Habiendo culminado su carrera de derecho en 2015, tuvo gran empatía por el área de los Derechos Humanos. Lo cual le ha permitido trabajar por los derechos de muchas víctimas, en especial de la Fuerza Pública.

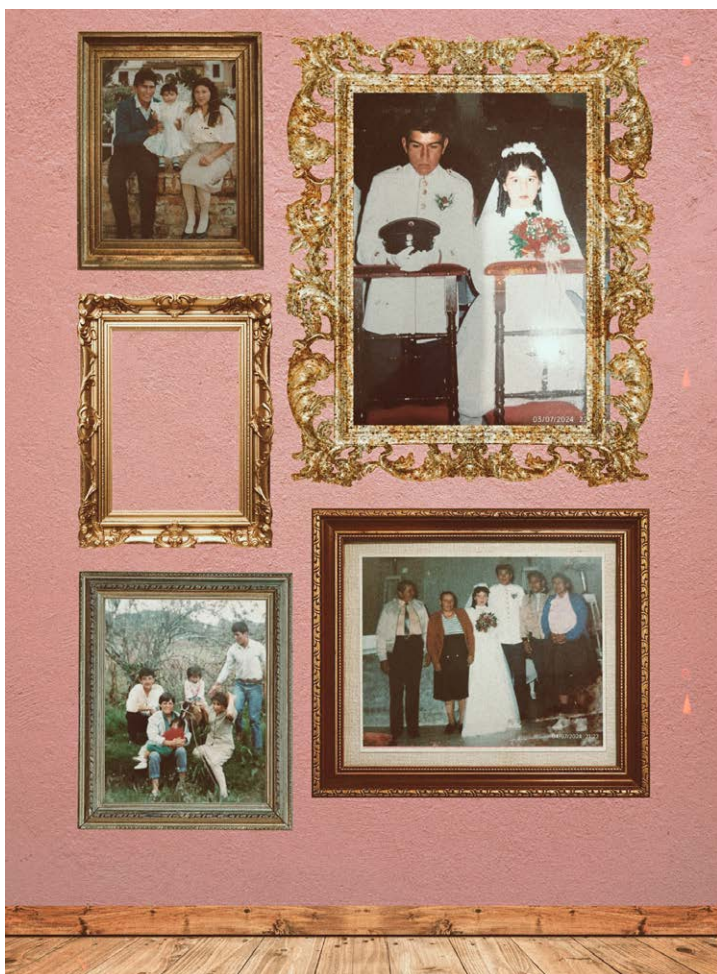
En 2024, disfruta al máximo la experiencia de ser padre de dos hijos, pese a las dificultades económicas y a la disponibilidad de tiempo. Con la intención de brindar mejores condiciones a su familia, tiene a cargo varios trabajos que le llenan su jornada diaria. Señala que, si alguno de sus hijos llegase a interesarse por la vida militar, en especial el niño, lo apoyaría para seguir la carrera como oficial; aunque reconoce que ser soldado o suboficial, trae consigo muchos obstáculos y dificultades relacionadas con esta labor. Tiene en su mente las palabras que le dicen que su padre repetía:

«La carrera militar es una de las más estables a nivel mundial. Es con la única que, al finalizar, va a tener un empleo de inmediato, y con beneficios para la persona y su familia. Esto no es algo común en otras profesiones».

En Colombia, el desempleo tiene una tasa del 10% desde 1990, y ha llegado a picos de 12% en 2010, ocultando asimismo un 40% de subempleo, en referencia a la población que no está plenamente ocupada, así tenga un trabajo<sup>35</sup>. Quienes han realizado una carrera de educación superior, han tenido que comprometerse con una inversión muy alta, en la mayoría de los casos bajo préstamos financieros, y no tienen una garantía de estabilidad económica ni laboral.

Así que la guerra sigue siendo, al igual que hace tantos años en que José Vicente eligió este camino, una de las mejores posibilidades de conseguir estabilidad económica en un país en que la población tiene pocas opciones, eligiendo así un camino que puede quitarles la vida o en el peor de los casos, ser un desaparecido más de este conflicto armado que no termina.

## Capítulo VI Vivir y recordar



# Epílogo

Deseo dar un mensaje a todas las personas que estuvieron secuestradas; soldados, suboficiales y oficiales, pero también un llamado a la sociedad para que no se olviden del dolor, del sufrimiento, de la tortura que vivieron en la selva, secuestrados por las FARC.

Estos seres que esperan que el país deje de estar en silencio, que reconozcan su trabajo, su sufrimiento, y el hecho de que ellos se hayan puesto un uniforme; sea para que ustedes, señor Estado, les dé sus reconocimientos, les devuelvan su dignidad a todas las víctimas que necesitan ser valoradas, y ser tenidas en cuenta de ese daño que sufrieron en su cuerpo, como el secuestro, y la tortura que han padecido.

Necesitamos reivindicar a estos seres, a estas personas que viven en Colombia y que en sus mentes y cuerpos vive el sufrimiento.

No los dejemos solos, ellos nos necesitan.

## **Canción:**

Eran las 10:00 de la mañana, cuando el soldado pregunta a mi esposo: ¿dónde está mi sargento José?

¿José? ¿Por qué lo pregunta usted?

Es que mi coronel lo pregunta a él, y me manda a buscar a tu casa, señora.

Abrazo a mis hijos y corriendo me voy; en el camino me encuentro al coronel

¿Dónde está mi esposo, señor coronel? Si ustedes ayer me dijeron que aquí estaba.

Señora, en el camino hay un retén de las FARC, donde al parecer mi sargento estaba.

Señor, mi angustia, mi zozobra, ¿dónde está José? Mis hijos, mis bebés preguntan: ¿dónde está papá, papá... papá? Tan solo dicen: ¡papá!

Pasan los días y las horas, los años, y las FARC secuestran, torturan, desaparecen, y nada más. ¿La verdad, cuándo vendrá? ¿Cuándo será la verdad?

La sociedad nos ignora, nos revictimiza.  
También el Estado callado; la fuerza pública  
también, y las víctimas solas están.

Hoy nuestros hijos preguntan: ¿dónde está  
papá? No hay una respuesta, no sabemos  
dónde está papá.

Nuestra desgracia es el dolor, el sufrimien-  
to. ¿Dónde está papá? ¿Dónde está José? Le  
pregunto a usted, le pregunto al país, le pre-  
gunto a Dios: ¿cuándo será que escuchare-  
mos la verdad?

**Olga Esperanza Rojas Castellanos**

# Notas de apoyo

<sup>1</sup> CASTILLA, C. E. (2001). La violencia en el conflicto armado durante los años 90. *Revista Opera*, 1(1), 229-245.

<sup>2</sup> “Tomas” se denominan habitualmente a las incursiones militares en las que se apropian territorios; en Colombia, han sido protagonizadas, tanto por guerrillas como por paramilitares.

<sup>3</sup> Centro de Memoria Histórica (2016). *Tomas y ataques guerrilleros (1965 - 2013)*.

<sup>4</sup> Ejército Popular de Liberación, grupo armado organizado al margen de la ley.

<sup>5</sup> Periódico *El Tiempo*. Artículo realizado por Leonel Bejarano A., publicado el 15 de marzo de 1992.

6 Reportes del CINEP y la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz (CIJP), publicados en el Informe de la Comisión de la Verdad. Capítulo "No matarás", Apartado "Arrecia la violencia en Urabá".

7 Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo, grupo armado organizado al margen de la ley.

8 Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, grupo armado organizado al margen de la ley.

9 Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños, 1990-2008, escrito por Clara Inés García y Clara Inés Siegert.

10 Artículo escrito por Verdad Abierta, publicado en el sitio web el 21 noviembre de 2014, con el nombre "¿Exterminio de EPL en Urabá, crimen de lesa humanidad?"

11 En Colombia, los niños se disfrazan el 31 de octubre. Se celebra como una fecha particularmente para los menores, muy cercano al Halloween norteamericano.

12 El “casino”, dentro de los establecimientos de la fuerza pública, son los espacios destinados a la alimentación y a la reunión de grupos. Es como un restaurante.

13 Se denominan “Casas Fiscales” a las viviendas que se les asignan a los funcionarios de la fuerza pública dentro de las instalaciones de vigilancia y control, tal como se señala en el Decreto 0312 de 1958. Para más información: <https://www.rcnradio.com/colombia/casas-fiscales-que-son-quienes-viven-alli-y-como-deben-postularse>

14 En Colombia, se relaciona la palabra “recochar” con hacer chistes, bromear y ser divertido. Información en: <https://www.asale.org/damer/recocha>

15 “Revelar” hace referencia a la impresión de fotografías en papel para las cámaras análogas.

16 “Parrandear” quiere decir, cantar y bailar. Ver más en: <https://dle.rae.es/parranda>

17 “Doblar turno” quiere decir que se repite la jornada laboral inmediatamente se ha terminado.

18 “Doblar turno” quiere decir que se repite la jornada laboral inmediatamente se ha terminado

19 La guerrilla solía hacer retenes en las carreteras inicialmente con una intención de control y revisión, así como de hacer presencia en el lugar, pero para 1998 esta práctica se estableció como una estrategia de guerra por las FARC – EP , a la que denominaron “pescas milagrosas” que consistían en detener los vehículos que transitaban para secuestrar personas muchos de ellos con intenciones lucrativas y otros con pretensiones políticas. <https://www.elcolombiano.com/colombia/paz-y-derechos-humanos/asi-funcionaban-las-pescas-milagrosas-de-las-farc-FE15007534>

20 Dentro de la fuerza pública existen tres formas de vinculación: 1. El servicio militar obligatorio, 2. Suboficial, y 3. Oficiales. La diferencia está centrada en la formación. Los primeros son bachilleres; los segundos ingresan siéndolo y se profesionalizan en las filas del ejército; y los terceros, ingresan con una carrera profesional ya hecha. Esto los lleva a tener diferencias marcadas en la cadena de mando, en los ascensos, en las res-

ponsabilidades, y en los salarios, entre otros aspectos.

<sup>21</sup> “Echados pa’ lante” es una forma usada habitualmente en la oralidad coloquial colombiana, para señalar a las personas que miran su futuro más que su presente, y que suelen estar motivadas para cumplir sus metas. Por tanto, en el día a día trabajan con esfuerzo y dedicación.

<sup>22</sup> PNUD (2010). Meta: análisis de la conflictividad (2010).

<sup>23</sup> Centro de Memoria Histórica (2018). “Todo pasó frente a nuestros ojos. Genocidio de la Unión Patriótica 1984-2002”. En: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/todo-paso-frente-a-nuestros-ojos-genocidio-de-la-union-patriotica-1984-2002/>

<sup>24</sup> “Emburundangar” es una forma de señalar la intoxicación generada por una pequeña dosis de escopolamina; es una de las modalidades de robo en Colombia, mucho más conocida en la capital. Se trata de que una persona extraña se acerca en la vía pública, y le sopla la sustancia en la cara a su víctima, con el fin de robarla.

25 “Tinto cerrero” se refiere a una bebida hecha de café con miel.

26 Los telegramas fueron un tipo de comunicación rápida que se utilizó para hacer llegar un mensaje por comunicación telegráfica.

27 Las “plataneras” se le denominan a los cultivos de plátano.

28 “Picar a una persona” se refiere a la práctica de asesinar a alguien a través del desmembramiento de su cuerpo. Se realiza habitualmente cuando el sujeto se encuentra vivo. El objetivo es propiciar un dolor extremo a través de la tortura y el sufrimiento, así como lanzar un mensaje de amenaza, terror y obediencia a la población en general. Fuente:

<https://zonacero.com/generales/cuerpos-que-gritan-medio-siglo-de-desmembramientos-en-colombia>

29 El Cañón de La Llorona es una zona de importancia medioambiental, que rodea al Río Sucio a lo largo de su recorrido, por los municipios de Dabeiba y Mutatá, en Antioquia.

<sup>30</sup> Ley 1448 de 2011. Ley de Víctimas. Artículo 3.

<sup>31</sup> El Día de la Memoria y Solidaridad con las Víctimas del Conflicto Armado en Colombia fue decretado en el artículo 142 de la Ley 1448 de 2011.

<sup>32</sup> Según la Real Academia Española el término hace referencia a estar parado y fijo en una parte por mucho tiempo. En este caso como manifestación o protesta social.

<sup>33</sup> La JEP (Justicia Especial para la Paz) fue creada en 2017, como parte del cumplimiento de los Acuerdos de Paz de 2016 con la FARC -EP

<sup>34</sup> Diego Molano asume el Ministerio de Defensa durante el gobierno de Iván Duque Márquez, entre febrero de 2021 y agosto de 2022.

<sup>35</sup> Artículo: "Panorama del Empleo en Colombia", escrito por Diego Otero en septiembre 5 de 2011.

Esta obra ha sido publicada  
por el proyecto Memoria y Reparación.  
Los trabajos de la primera edición fueron  
terminados en noviembre de 2025 en los  
talleres de Imagen Editorial S.A.S.  
Bogotá, D.C., Colombia

—¿Sabe dónde está el sargento segundo?, venimos para averiguar su paradero.

Esperanza, confundida y preocupada, intenta ponerse en contexto sin entender lo que sucede.

—El sargento segundo está en la base militar —respondió Esperanza—, ayer regresó al lugar después de su permiso. Aquí, en casa, solo estuvo dos noches; ayer salió temprano. Llamé en la tarde y me dijeron que había llegado bien. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué vienen a buscarlo, si ustedes mismos me dijeron que su regreso había sido sin inconvenientes?

Desde las diez de la mañana de ese 3 de noviembre de 1992, Esperanza no solo espera a su esposo, José Vicente Rojas, sino que lo busca incansablemente. El Ejército, la institución que tanto amaba su esposo, no le responde. En la búsqueda se ha sentido juzgada y menospreciada.

— ¿No será que se quiso perder? —le decían algunos funcionarios.

— Quizás, es que se fue con otra —intentaban mofarse mientras escuchaban su denuncia.

— No lo busque tanto que así no aparece —le respondían para ridiculizarla.

— Seguro está buscando una excusa para darse de baja de la fuerza pública —insistían.

La desaparición de militares en medio del conflicto es una realidad que Esperanza ha logrado poner en evidencia y por la cual reclama diariamente. Al "sargento segundo" lo dan por muerto en la institución, pero por José Vicente Rojas su esposa y sus hijos han emprendido una lucha que no termina.